

Carlos Peña y Lillo H.

## Camila Vallejo, líder de la revuelta estudiantil en Santiago de Chile

Tiene 23 años, es comunista y presidenta  
de la Federación de Estudiantes.  
Es respaldada por los profesores

Actualización

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

10/10/2011

**HAY QUE MATAR A  
LA PERRA  
PARA QUE SE CORTE  
LA LEVA**



La Policía registra la vivienda del padre  
de la líder de la revuelta estudiantil

La Policía registra la vivienda del padre  
de la líder de la revuelta estudiantil

Los pájaros  
vienen de  
dinosaurios

Página

Renk  EDITORES **Novela**

HAY QUE MATAR A LA  
PERRA PARA QUE SE  
CORTE LA LEVA

Carlos Peña y Lillo Herrera

**RenkÜ**  
EDITORES

*“Todos los hombres poseemos la fuerza interior para soñar y cambiar aquellos tiempos de esclavitud, y transformarlos en verdadera libertad, aquella, que nos da el coraje de vivir nuestros propios sueños”*

***Carlos Peña y Lillo Herrera***

*Y pensar que ese maldito me apuntó con su Luger...*

## **CAPITULO I**

**L**as sirenas de los carros bomberiles del sector Sur de la capital, avanzaban en caravana por la Autopista Central dando destellos que opacaban la luz moribunda de las estrellas. Se dirigían con urgencia hacia un lugar indeterminado de las afueras del poblado de Paine. La explosión que sacudió al sector aquella madrugada del lunes 28 de agosto del 2011, había impregnado de un olor nauseabundo a la briza que descendía desde los cerros cargada por la bruma mañanera. Nadie sabía aún a ciencia cierta lo que había ocurrido, lo único cierto, era que la onda expansiva había remecido hasta los cimientos de aquel tranquilo pueblo.

\* \* \*

El teléfono sonaba y sonaba de manera majadera aquella mañana, hasta que la mujer sacó su brazo con pereza desde entre las cobijas.

—¿Qué pasa?... ¿por qué tanto escándalo? —la chica contestó con acento seco mientras acomodaba su cabeza en la almohada.

—Samanta, Samanta, soy yo, Claudio del diario la Tercera. —Una voz chillona emergía desde el otro lado del auricular.

—Ok, Claudio, ¿qué pasa? Dime, te escucho —la muchacha esperó haciendo una mueca desagradable.

—Samanta necesito que cubras una noticia urgente..., en Paine hubo una gran explosión durante la madrugada de ayer, pero nadie sabe aún qué cretas pasó y la policía no ha entregado ninguna información oficial, según los contactos que tengo ahí dentro, algo turbio está pasando. Porque toda la investigación pasó a manos de la Fiscalía Militar. Me acaban de llamar unos lugareños que entre unos matorrales como a 200 metros de allí, encontraron una cabeza humana, y está intacta, me prometieron que esperarían hasta que tú llegues para llamar a carabineros. Samanta, necesito que te muevas rápido, necesito saber ¿qué cretas está pasando?, necesitamos la exclusiva. —El tipo esperó del otro lado de la línea.

—Ok, Claudio, no te preocupes salgo de inmediato...

\* \* \*

Últimamente mi mujer ya casi no me habla, mi hijo creció y hace un buen tiempo que dejó el hogar y poco nos visita. Algo anda mal en mi cabeza, no logro socializar con nadie, ni siquiera con mi mujer. Vive pidiéndome que cambie, que visite al siquiatra, que mis reacciones violentas no son normales y toda esa clase de cosas. A veces amenaza con dejarme, siento un impulso irrefrenable de matarla, pero no puedo, porque la amo. No sé qué haría si me deja, creo que me daría un tiro, la muerte no me atemoriza, he visto muchas muertes, también he arrebatado algunas vidas. La verdad, desearía morir peleando, con la sangre caliente y la ira al tope. Fui entrenado para eso, la muerte es parte de la vida y anda entre nosotros con un rostro postizo, esperando cercenarlos con su hoz cuando menos lo esperas. He llegado a conocerla, por años me ha rondado tentándome. Se muestra como una hermosa mujer que me seduce dulcemente, guiñándome, buscando embelesarme con sus encantos. A veces dentro de mi cabeza siento que algo explota y las esquiras se ensartan en mi cráneo. Es como si miles de filosas dagas atravesaran mi cabeza, busco mi arma para salir como un penitente tras la bella mujer, pero mi esposa se encarga de ponerla fuera de mi alcance. Con los años aprendió a predecir mis intenciones, mis movimientos, tiene la piel dura, sabe controlar los impulsos que a veces me ciegan.

El año 1988 dejé el ejército a petición de mis superiores, dijeron que pronto tendrían que dejar el poder, y después de eso todo podía complicarse. Los civiles buscarían cabezas para saciar su sed de venganza, *«más vale estar en el anonimato cuando ello ocurra»*, soltaron. Con

una pensión exigua me dieron de baja, me advirtieron que no abriera la boca sobre lo que sabía y lo que había hecho. *«Debes olvidarlo, tirarlo, igual como se olvida un mal sueño»*, dijo mi capitán. Claro, pensé, como si fuera tan fácil vaciar mi conciencia, ellos no saben las pesadillas que yo tengo, no se imaginan las noches de insomnio que soporto.

Después de un par de meses nos mudamos de comuna, en el sector sur-poniente adquirimos una vivienda con el dinero del desahucio y la venta de la casa donde vivíamos hasta entonces. Siempre mantuve la precaución de no compartir mi trabajo con mi hogar, fue una buena decisión, así que mi mujer nunca se enteró de nada. Para ella, era sólo un militar dedicado a labores administrativas, vivíamos bien y nunca faltó nada. Mi hijo cursaba la enseñanza media y mi relación con Helena era bastante buena. A pesar de la edad, continúa siendo una mujer hermosa, deseable, que se mantiene físicamente bien. El sexo nos inunda espontaneo, bajo las sabanas se desata un deseo sin márgenes, que es como una base sólida que cimenta nuestra existencia.

Por influencias militares comencé a trabajar de guardia en un prestigioso banco. Todo andaba bien, un trabajo sencillo y limpio. Ordenar las filas, ser amables con los abuelos y uno que otro trámite administrativo. Era más que nada observar y callar, mantener discreción cuando los jefes acosaban a las secretarias, y los problemas rutinarios de una organización de este tipo. Lo mejor, era que mantenía un 38 especial a la cintura, aquello me daba cierta seguridad. Después de 15 años conviviendo con las armas, no fue fácil andar por las calles sin nada, me sentía desnudo, vulnerable, disminuido. Los primeros años no me

despegaba de una pistola Luger 9 milímetros, que se la había quitado a un pobre diablo con aires de guerrillero en un enfrentamiento el año 78, y lógicamente, no volvió a necesitarla.

Después de 18 años sirviendo en aquel Banco, todo se vino abajo, por un desliz sin importancia, una estupidez, no debí ceder, aún me arrepiento porque al final no valió la pena. Una ejecutiva joven se me acercaba demasiado mostrándome sus encantos, se paseaba frente a mí como una gata en celo, con su cola voluptuosa levantada esparciendo su olor lujurioso. Hasta que tanto va el cántaro al agua... Y a decir verdad, aquella hembra se manejaba con destreza, pasábamos tardes inolvidables. Manteníamos la relación en completo hermetismo, ya que ella era casada con un ejecutivo de una financiera. El error estuvo un día en que se quedó en su oficina hasta más tarde, éramos los únicos que quedábamos en el edificio. En el sillón, completamente desnudos nos sorprendió el guardia que me relevaba, aunque me juró que no abriría la boca, lo hizo. Ese error un año más tarde, le costó caro. Me suplicó con ojos lastimeros que lo perdonara, pero su alma salió levitando tras la empalagosa mujer que lo esperaba. El día que me traicionó, hipotecó su vida. Él había sido el causante de mi desdicha, todo andaba bien hasta que me despidieron del banco, así que fue justo, que pagara con sangre su traición. A mi amante, aunque también la despidieron, no la vi más. Le atribuí algo de culpa, por enfrascarme con sus encantos. Perdí bastante más que ella, yo mantenía mi familia, ella aún tenía a un marido y podía darse el lujo de pasar un tiempo sin trabajo.



Después de 18 años nuevamente estaba en la calle, con un sueldo de militar retirado y el costo de la vida por las nubes. Me vi forzado a buscar empleo en lo que fuera y por lo que fuera. Poco a poco los problemas económicos tejieron un manto oscuro en la relación con mi mujer. Era como si una peste nos hubiera manchado, y no permitía unirlos nuevamente como antaño.

Poco después encontré trabajo de guardia en una farmacia, el sueldo era pésimo pero me mantenía activo y fuera de casa la mitad del día. Acababa de cumplir 56 años y mi hijo había dejado la casa para formar su propio hogar. Mi relación con él nunca fue estrecha, la vida militar no es como cualquier vida, uno pierde los sentimientos, el calor humano, todo lo ve cuadrado, y lo que resta de los márgenes, no sirve, hay que eliminarlo de cualquier forma. La mente se adiestra a recibir órdenes y a ejecutarlas, no existe el ¿por qué? Ni el ¿cómo? Hay que hacerlo y punto. Esto me llevó a no tener amistades, mis hermanos me rehuían, no existía confianza en mi círculo cercano, era como un animal solitario en medio de una agreste sabana.

Mi cabeza no andaba bien esa tarde cuando realizábamos el cambio de turno, mis colegas reían por algo, nunca supe por qué, una broma fue el detonante para trenzarlos a golpes. Por suerte no resistieron mucho, y no me vi obligado a utilizar mi Luger. Una de las dependientas ante la batahola, entró y pidió calma, eso enmarcó nuevamente mi cabeza y dejé de resoplar por la nariz. Al siguiente día estábamos los tres en la calle, no busqué represalias, porque asumí la culpa. Fue el resultado de un mal día, nada más, mis dolores de cabeza se hacían cada vez más frecuentes y agudos, no era justo culpar a nadie más.

Luego de pasar algunos meses desempleado, una empresa de guardias me ofreció empleo en un nuevo Mall que abría sus puertas en el sector sur de la capital. Precisamente en una gran cadena de tiendas, pero la vacante era para el turno de noche, desde las 20 horas hasta las 08:00 de la mañana del día siguiente. Acepté. Y es precisamente aquí donde empieza mi verdadero debacle.

## **CAPITULO II**

Con buen ánimo regresé a casa aquella mañana, era un día extraño, no hacía frío ni calor. Unas nubes grises norteaban buscando un lugar para esputar su carga. Mi mujer estaba sentada a la mesa, acodada y las manos sujetaban sus mejillas, era como si su cabeza hubiera perdido la fuerza para sostenerse sola. Sus ojos no se inmutaron al verme, quizás, su mente divagaba en alguna idea lejana, pensé.

—¿Qué hay? —dije, mientras la observaba con curiosidad y me sentaba a su lado.

—¿Qué hay de qué? —remató con una voz seca, manteniendo su vista en algún punto indeterminado.

—¡Fuiste al médico?! —golpeó, dejándome en la punta de la lengua lo que iba a decir.

—No...—Fui a una entrevista de trabajo —dije.

—¡Ésta es la última vez que te pido que vayas al médico!... ¡¿Crees que es fácil dormir a saltos?! ¡¿Crees que fácil verte gritar, gemir, llorar durante tus sueños?!... ¡¿Crees que es fácil verte como te retuerces durante las noches?!... —Me observó con rabia, sus ojos negros brillaban como una piedra obsidiana.

—Ya no te molestaré más durante las noches, desde mañana comenzaré a trabajar de madrugada... Podrás dormir tranquila. —Mantuvo su mirada irascible, luego de cavilar por unos segundos, sentenció.

—¿Y tú crees que trabajando de noche se te arreglará la cabeza? —Lejos de bajar la intensidad de la discusión, esta iba en aumento. Bajé la vista tratando de descomprimir el ambiente, pero prosiguió con sus preguntas lacerantes.

—¡Entiende!... Debes consultar a un psiquiatra, él es el único que puede vaciarte la mente de toda esa porquería que te consume, y que a mí, me mantiene enferma. No entiendes que no tienes amigos, familia, vecinos, recriminas y despotricas por todo... Si no cambias, te dejaré, ¡ya no soporto más! —Se levantó y azotó la puerta de la habitación de nuestro hijo, que se conservaba exactamente igual desde que se había marchado.

Crucé mis dedos apoyándolos sobre la mesa, cerré los ojos y medité algunos instantes sobre lo que había dicho Helena. ¿Cómo mierdas podría ir a un psiquiatra?, ¿Cómo podría contarle de las torturas, de las muertes, violaciones? Ella no se imagina que son sus fantasmas los que me persiguen durante las noches, que aún están vivos en mi conciencia y deambulan buscando venganza y descansar en

paz. Me he bebido todo el Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, en un mero intento de alejar aquellos pensamientos, pero al caer las tinieblas de la noche, todavía están ahí, esperando, que cierre los ojos para abordar mi conciencia.

Durante esa tarde casi no cruzamos palabras con Helena, me tendí en la cama, afuera la lluvia caía pesada, con fuerza. No hacía falta agudizar el oído para sentir como las gotas se desfragmentaban contra los techos. Mi vista estaba pegada al cielo de la habitación imaginado el destino de la lluvia, cuando mis párpados cedieron al peso del cansancio. En aquel preciso momento sentí miedo, miedo a que llegaran aquellos gritos, súplicas que me atormentaban durante las noches. En el último tiempo se habían agudizado las pesadillas y pensé que trabajar de noche mitigaría en algún grado mi tormento, y de paso, mi mujer dejaría de sufrir al no estar en la cama junto a ella durante las madrugadas. Quise espantar el sueño buscando algo de lectura, deseché las novelas de bandidos y vaqueros. Llevaba mucho tiempo leyendo aquellas historias, posiblemente algo de culpa podrían tener al momento de los sueños, pensé. Me levanté y fui hasta el dormitorio de mi hijo, que estaba vacío desde que decidió irse a vivir con su polola. La cama estaba rigurosamente ordenada, como lo había estado siempre, como si aún él llegara por las noches. Mi mujer se encargaba de mantenerla día tras día, tras la discusión, se tendió en esa cama, así que cuando entré lo hice en completo silencio. Busqué en la pequeña biblioteca que ocupaba un sector de la pieza, hurgué entre cuadernos, revistas y libros viejos que utilizaba en la universidad. Encontré un libro que me llamó la atención, en su cubierta

un perro flaco y sarnoso caminaba por una calle sin mayor vida. “Desgracia” se titulaba, J.M. Coetzee era su autor, hasta ese momento no tenía la más mínima idea quién era el tal Coetzee, o, de qué trataba aquel libro. Luego salí del cuarto, me tendí nuevamente en la cama y comencé a leer hasta que sucumbí al sueño.

El susurro españolísimo del conductor del noticiario central de TVN, me despertó. Helena estaba a mi lado a una distancia mayor a la acostumbrada, sus sentidos estaban puestos en los comentarios que emitía el aparato y ni siquiera parpadeaba, era como si su vista no tuvieran vida. Me restregué los ojos y acomodé la cabeza sobre un par de almohadas, mi mujer seguía inmune. Las imágenes mostraban a la presidenta de la Fech, junto al líder del profesorado marchando con enormes lienzos y pancartas por plena Alameda. Poco después, el vandalismo a los locales comerciales, la policía reprimiendo con gases lacrimógenos y el guanaco que mojaba todo a su paso. Un verdadero caos se mostraba en la principal arteria de nuestro país. La nota la terminaba el Presidente Piñera, que pedía a los estudiantes que depusieran sus marchas, que ya era hora de conversar, de dialogar sobre sus peticiones. En ese instante Helena me miró por el rabo del ojo, con extrañeza, porque no emití comentario alguno. Era mi costumbre reputar al presidente cuando hacía apariciones en la TV. Lo trataba a viva voz de traidor, vendido, que había traicionado a mi general dándole la espalda, negando lo innegable, se había hecho rico durante su gobierno y ahora se las daba de demócrata. Por eso que mi mujer ahora se extrañaba con mi mutismo. En realidad seguía sintiendo aquello, repudiaba todo lo que fuera desorden público, «¿por qué no lo hacían cuando

governaba mi general?», siempre lo decía. Pero la conversación que habíamos sostenido durante la mañana con Helena, me dejó preocupado. Sus ojos no eran los de siempre, los de una discusión cualquiera, tenían la intensidad y furia de un toro herido en el ruedo con el destino sellado.

Al terminar el noticiero, la cubrí con las cobijas, le di la espalda y creo que cerró sus ojos. Por primera vez sentí que nuestra cama era demasiado amplia y fría.

### **CAPITULO III**

**P**or la mañana me trasladé hasta el centro de Santiago, específicamente a la Avenida Vitacura, la lluvia había amainado pero las nubes continuaban mostrando una preñez amenazante. Debía retirar el uniforme y firmar algunos papales de rutina. Era lunes y el Tren Metropolitano se desplazaba holgado por la línea uno a media mañana. Al entrar al túnel, poco antes de llegar a la estación de destino, un ventanal me ofreció el reflejo de mi cuerpo entero. Algo extraño me sacudió, sentí como si un látigo frío me golpeará la espalda, cuando el vagón salió de la estación, la imagen de diluyó en la claridad junto con aquella sensación. Me sacudí y me apresté a bajar. En la empresa, nada nuevo, reglamento de seguridad, tarjeta de acceso, rutina diaria y firma de contrato. El sueldo, estaba dentro de lo que se podía llamar “de mercado”.

—Firme aquí, don Ernesto Molina, y con esto, estaríamos con todo en regla. —Me dijo una muchacha



agraciada, que arqueaba unas tupidas cejas, que por instantes me trajo el recuerdo del retrato de Frida Kahlo.

Acto seguido, me despedí de la cejuda, tomé mis cosas y retorné a mi casa, quería dormir algunas horas antes de tomar mi primer turno. En casa, mi mujer continuaba molesta y no me dirigió la palabra. Durante el almuerzo su vista buscaba cualquier objeto para distraerse, eludía cualquier intento de conversación, estaba empecinada en no hablarme, mientras no visitara al siquiatra. Se levantó y se puso a restregar la vajilla, parecía que su cuerpo flotaba en el aire y un silencio abrumador me rodeó en medio del comedor. No volaba ni siquiera una mosca para alertar mis pupilas, ni la gata se hacía presente para romper aquel hielo. Me levanté y dejé el plato a medio servir, al parecer, mi apetito se había marchado con Helena.

Logré cerrar los ojos y sumirme en una tempestad de pesadillas sin principio ni fin, desperté sofocado, en mi pecho un martillo golpeaba al igual que un herrero machaca un hierro candente. Helena, estaba apoyada en el umbral de la puerta observándome, no sé cuánto tiempo estuvo en aquel lugar, me extendió una mirada piadosa un par de segundos, luego, se retiró sin abrir la boca. Tras unos segundos, sentí cerrarse la puerta del dormitorio de nuestro hijo. Después de que se me enfrió el sudor, me di una ducha con agua fría, mi piel se contrajo de tal manera, que pensé que mi cuerpo se había encogido algunos centímetros. Luego me vestí y dejé la casa dispuesto a enfrentar mi nuevo trabajo.

La noche comenzaba cuando salí a la calle en busca del bus que me dejaría en las puertas del Mall. A esa hora

estaba todo demasiado oscuro, las estrellas se ocultaban tras un tapizado de bruma, que en algunas partes dificultaba el avance del bus. Parecía como si el vehículo rasgara una delgada telaraña creando un surco que volvía a cerrarse tras él.

La gente que aún se mantenía dentro del centro comercial, lentamente comenzaba a dejar sus tres niveles. Parecían hormigas cargadas que enfilaban ordenadas hasta la boca del hormiguero. El supervisor de guardia, me guió hasta el centro de vigilancia y me ambientó al régimen que debía seguir. Nada nuevo, un sistema de monitoreo en todos los niveles y cámaras de seguimiento por pisos y ascensores. Durante el turno nocturno quedaban dos guardias, con todas las salidas cerradas hasta que por la mañana eran relevados —Dijo—. Mi colega era un chico joven, con poco trabajo encima, a primera vista no le di más de 20 años. El jefe me dijo que confiaba a que yo le traspasara una buena parte de mi experiencia, por su forma de expresarse intuí sus raíces militares. Aquellas palabras me elevaron el ego, hacía tiempo que no escuchaba palabras motivadoras por parte de algún jefe de seguridad. Aquel hombre sólo con verme, intuyó mi experiencia y potencialidad. Por un instante pensé, si su pasado está ligado a las fuerzas armadas, era muy posible que hubiera indagado mis antecedentes. Los contactos quedan ahí dentro, latentes, la lealtad entre los uniformados es algo que perdura para siempre. Nos desearon un buen turno, y comenzaron a cerrar todas las puertas. Rubén, mi nuevo colega, lucía su pelo algo más corto de lo exigido, su frente mezquina y piel mate le daban un aspecto sobrio a un rostro recto con nariz algo achatada, que parecía un boxeador salido de los suburbios. En la sala

de monitoreo charlamos durante un largo rato, me contó que su sueño era ser militar, pero lamentablemente durante el chequeo médico le detectaron problemas en una pierna. (Algo más corta)

—Le supliqué al doctor que la pasara por alto, pero no escuchó mis ruegos. Ya estoy convencido que éste será el único uniforme que podré utilizar. —Concluyó.

Un buen augurio se meció sobre mí al escuchar al muchacho. En estos tiempos no son muchos los que desean la carrera militar como él la deseaba, y eso era bueno, Pensé.

Le comenté algo superficial de mi vida, que había sido comando en la base militar de Peldegue durante un tiempo. Y que me habían dado de baja por un accidente en paracaídas. Desde ese momento pasé a ser un héroe para aquel muchacho, y de ahí en adelante destinaba algún tiempo en relatarle mis historias. Podía ver a través de sus pupilas cómo su imaginación alucinaba con los relatos. Compadecí al muchacho, porque tenía una verdadera vocación militar, y que lamentablemente había sido cercenada por un problema físico. «En estos tiempos los jóvenes están más dedicados a protestar en las calles, hacer vandalismo y pedir que todo les llegue gratis. No están dispuestos a ganarse las cosas con sacrificio». —Pensé en voz alta. —Rubén me miró y asintió con un movimiento leve de su cabeza.

—Bueno, tú duermes primero y yo recorro el lugar, y a eso de las cuatro haces el recorrido. —Me levanté y me calcé la gorra aprestándome a salir.

—¿Me está hablando en serio don Ernesto? —me miró incrédulo, esperando que lanzara un risotada o algo así.

—¡Claro!... o tú crees que nos vamos a amanecer dándonos vueltas, ¡claro que no!, estamos dentro de un Mall, encerrados con todas las puertas aseguradas, tendría que ser muy estúpido el que quisiera entrar a esta tienda, ¿no crees? Además aquí no hay dinero, lo sacan a diario y lo llevan al banco... Rubén, esto es sencillo, las cámaras me observan a mí, mientras recorro el lugar, tú estás en la sala observando los monitores, ¡y ya está!, ¿me entiendes? —asintió con la cabeza, le di un palmazo en la espalda y salí de la sala, mientras cerraba la puerta le advertía que tres golpes de la luma, era la clave para que abriera.

El sistema climatizado mantenía una temperatura adecuada en todos los niveles, bajé las escaleras para recorrer el primer piso. La sala de control de las cámaras se ubicaba en el segundo nivel, aislada del ruido exterior por una estructura bien simulada. Caminé por entre pasillos repletos de ropa, de una infinidad de colores impresionantes. Los maniqués en poses expresivas con sus rostros albos sin vida, sobresalían sobre la ropa apilada en percheros en hileras interminables. Por un momento recordé a Helena, lo mucho que le gustaba pasearse en estos lugares, aunque muchas veces no llevaba nada, pero el simple hecho de caminar entre tanta ropa, le era agradable. El ascensor y las escaleras mecánicas quedaban detenidos, así que utilizaba las escaleras para recorrer las tres plantas. No me molestaba caminar, al contrario, sentía que me ayudaba a mantenerme bien físicamente. A pesar de los años, mi cuerpo se mantenía firme, fibroso, con algo de ejercicio semanal, era suficiente. El reloj que pendía en una columna del segundo

piso, marcaba las tres de la madrugada cuando enfrenté las escaleras hacia el tercer nivel. Sacudí la cabeza, creí oír voces que venían desde lo alto, era extraño, pero en ese instante un intenso dolor comenzaba a agudizarse dentro de mi cabeza. Al llegar al tercer nivel, me senté por algunos instantes con el atisbo de que la molestia desaparecería. La intensidad fue poco a poco disminuyendo, como si le bajara el volumen a una radio. Resoplé aliviado, maldito dolor, pensé. Pasaron algunos segundos y nuevamente sentí voces y gritos, miré hacia todos lados girando mi cuerpo, pero no había nadie. Comencé a recorrer el lugar, mi mano acariciaba la cacha de la Luger que se amoldaba bajo la axila, en una camuflada sobaquera. En el centro de aquel nivel, en un pilar de gran envergadura se anclaba un espejo que me triplicaba en porte. Era tan imponente, que llegaba a ser opresivo. Busqué detalles en mi reflejo, mientras agudizaba la vista, un agujijón comenzó a punzar mi cabeza reiteradamente. La imagen de pronto se desvaneció, una mujer gemía y rogaba compasión, no lograba determinar de dónde venían los gritos. El cristal mostró una mujer con la vista vendada y las manos atadas, sus ropas estaban rasgadas y un hilo de sangre caía de sus labios. Fue como si viajara en el tiempo, allí estaba nuevamente, y no lo podía evitar, los recuerdos que me atormentaban cada noche durante mis sueños, ahora tomaban vida. Sacudí mi cabeza reiteradas veces, para espantar aquello que se mostraba nítido en el cristal, pero lamentablemente los recuerdos del año 1975 llegaban como cada noche.

—*¡Vamos cabo Molina! ¡Qué espera! ¡Hay que violar a esta perra comunista!*

—*¡Si señor!, ¡sí señor, a la orden!*

No podía ser, estaba desdoblado, era otro yo, que revivía aquellos hechos ocurridos hace muchos años, veía nítido cómo mi otro yo, violaba aquella mujer que gemía y gemía, y sus lamentos rebotaban en las paredes frías, sin ser escuchados. Luego el capitán acallaba los gritos con un estampido, y un charco carmesí amorfo coronaba el silencio. No podía ser aquello que estaba sucediendo, me repetía mi mente, al igual que un eco. Huí lo más rápido que pude de aquel lugar, bajé las escaleras y busqué los servicios, necesitaba con urgencia vaciar mis tripas. Por algunos minutos mantuve la cabeza bajo el grifo, lentamente el dolor me liberaba, era como una pelota que perdía aire hasta quedar vacía, sin forma.

Cuando di los tres lumazos en la puerta, Rubén abrió de inmediato, al parecer no había pegado una pestaña. Me miró extrañado al ver mi cabello totalmente mojado y el rostro desencajado.

—¿Qué le pasó en el espejo del tercer piso don Ernesto? Estuvo parado al frente cómo una hora, sin moverse para nada.

—Nada, nada...Sale tú a dar la ronda —el muchacho se calzó la gorra y cerró la puerta tras él.

Tomé asiento frente a los monitores y traté de aflojar el cuerpo, que en esos momentos, lo sentía tirante como un elástico a punto de romperse. Por momentos el aire en aquella sala se tornaba más ligero, le costaba a mis pulmones retomar su ritmo. Miré la puerta, para verificar que estuviera asegurada, sentí miedo, miedo a que aquellos fantasmas me hubieran seguido y lograran entrar. No podía

comprender lo que estaba ocurriendo, era todo tan distinto a lo que ocurría con los antepasados del imperio Chino, pensé. Ellos salían al campo de batalla después de los combates, en busca de los huesos de los guerreros caídos, para atarlos en las puertas. Los regaban con sangre fresca de perros recién degollados, pensaban que sus almas los protegerían del ataque enemigo. A mí, los fantasmas de mis enemigos me atacan y no encontraba la forma de protegerme. Mi mente flotaba dentro de una nube, divagando entre miles de ideas que salpicaban desde todos los ángulos.

¿Por qué me seguían aquellas almas? ¿Por qué no me dejaban en paz? Yo cumplía órdenes, estábamos en guerra y si no cumplía me exponía a ser fusilado. Los civiles nunca entendieron que mi general tomó el poder para salvar al país del Marxismo, estábamos a punto de una guerra civil. ¡¿Por qué los políticos no entienden eso?! ¡Claro... ahora son todos demócratas! Y se olvidaron que fueron ellos mismos, los que le pidieron a mi general que sacara a los comunistas de la Moneda. ¿Acaso no eran ellos los que arrojaban maíz en las puertas de los regimientos? ¡Todos los políticos son unos cabrones hijos de puta!...

Sacudí la cabeza para salir de esos pensamientos, que no hacían más que agitarme haciendo que mi humor se pudriera.

La cámara del tercer piso me mostró a Rubén que se detuvo en frente del espejo, lo observó como si buscara algo, para luego bajar las escaleras. Los tres golpes de su luma, llegaron a eso de las siete y treinta. Mientras preparaba el informe, Rubén me interrumpió con una pregunta.

—Don Ernesto, ¿qué vio en el espejo del tercer piso?  
—cuando giré la cabeza buscando sus ojos, el chico asumió una posición como a la defensiva, no sé qué cara le puse, porque noté un nerviosismo evidente.

—Nada... no vi nada...—¿Por qué preguntas?  
—repliqué.

—Es... que parecía que gritaba frente al espejo, era como si hubiera visto algo aterrador, tuve miedo por un momento y pensé en dejar la sala para ver qué pasaba.

—Hiciste bien en no salir..., Nunca debes dejar tu lugar de trabajo, pase lo que pase —¿me entendiste? —el muchacho asintió con la cabeza y luego se acomodó en una silla.

A las ocho en punto las puertas una a una fueron abriéndose desde afuera, seis guardias entraron junto al supervisor y relevaron nuestros puestos. Cuando salía el jefe alzó su mano y me alejó del grupo.

—Molina, me alegra que personas como tú colaboren conmigo, sé quién eres porque revisé tu historial, no te preocupes yo soy de los mismos, aún tengo buenos contactos en las fuerzas armadas. Así que aquí puedes estar tranquilo, dentro de un par de días cuando termines de preparar a este muchacho, te asignaré el cargo de jefe de grupo y junto con eso un buen aumento a tu salario. —Me dio un buen apretón de manos y retornó junto al grupo.

Agradecí sus palabras y salí junto a Rubén en busca de la locomoción para iniciar el regreso a casa.



## CAPITULO IV

**E**l sol jugueteaba entre las nubes dando fugases apariciones ofreciendo una sensación térmica agradable, cuando descendía del bus a escasos metros de mi casa. Mi vehículo, un Toyota Célida del año 92, se mostraba radiante. Lo movía solamente los fines de semana, la cesantía de un par de meses y el alto costo de la bencina eran los motivos. Pensé en ese momento, que podía invitar a Helena el fin de semana a alguna playa del litoral central, siempre mantenía algunos ahorros por cualquier imprevisto. Así que problemas no tendría, al menos con el dinero. Traté de presagiar el estado de ánimo de mi mujer cuando abriera la puerta, asumí que debía haber pasado una buena noche, ya que debió haber dormido sin problemas. Yo no estaba para interrumpir sus sueños y, de cierto modo, la compadecía por todo aquello que debía soportar.

Faltaban algunos minutos para las nueve, cuando ponía la llave en la hendidura de la puerta. Cuando abrí, un

intenso silencio se mecía imperturbable. Sofía, la gata, que dormía plácida en el sofá se desperezó y bajó dando movimientos lentos y sinuosos, hasta detenerse junto a mi pierna. Por algunos segundos la observé restregarse contra mi bota, luego dio un gélido maullido y retornó a su cobija. Abrí lentamente la puerta de nuestro dormitorio, Helena dormía plácida, tan plácida, que su respiración ni siquiera podía sentirla. Era como un espejismo, como si la observara desde muy lejos, su silueta por momentos se desvanecía y por más que agudizaba la vista, no lograba retenerla. Su pelo oscuro se esparcía amorfo sobre la almohada, mientras la observaba, pensé que no sería justo molestarla, así que junté nuevamente la puerta. Me senté en el sofá junto a Sofía y me solté los cordones de mis botines para relajar mis pies, luego, me tendí a lo largo. Deseché la idea de tenderme en la habitación de nuestro hijo, ya que la puerta se encontraba cerrada. Sofía se anidó en mi pecho y ronroneó hasta que me sumí en una completa y reconfortante pasividad, que desde bastante tiempo no lograba.

El aroma a pimientos fritos mezclado con condimentos, se filtró desde la cocina. Abrí los ojos ante aquella delicia que aspiraba y excitaba mi paladar. Sofía estaba erguida sobre mi pecho con la vista clavada en la cocina. Cuando se percató que ya estaba de vuelta en este mundo, dio un salto y fue a hacerle compañía a Helena que comenzaba a preparar la vajilla. Miré mi reloj y comprobé que había dormido alrededor de cuatro horas, lo extraño estaba, en que había sido tan plácido aquel sueño, y por más que forzaba mi mente, no recordaba nada. Tuve la sensación extraña de haber dormido un siglo, mis músculos los sentía relajados, como si acabara de salir de un sauna. Por un

momento pasó por mí mente, la idea que posiblemente Sofía de algún modo veló mis sueños y había ahuyentado aquellos fantasmas que pululan en las tinieblas asechando mi conciencia.

Encendí el televisor y las noticias de las catorce horas comenzaban en ese preciso momento, mientras Helena comenzó a servir el almuerzo. Cuando puso el plato frente a mí, noté en sus ojos que aún su molestia era evidente. El vaho de la carbonada cedía una mixtura de olores, que amoldaban mi rostro como una máscara invisible. Por momentos, me llevó a mi infancia, recordé a mi madre que agitaba una gran cuchara de palo dentro de una olla tiznada con bastantes abollones. De pronto la imagen de mi madre, se fue, y Helena retornó a su aspecto de siempre, se sentó a la mesa y su atención se centró en las protestas de los escolares y las tomas de los colegios. Y que todavía el gobierno no encontraba ni daba algún signo de solución. La crisis se complicaba, ya que los estudiantes se arriesgaban a perder el año escolar, y además, algunos jóvenes en el pueblo de Buin, llevaban una semana en huelga de hambre. La presión cívica se polarizaba peligrosamente entre los que se oponían, y los que no, a seguir en huelga. El año escolar estaba en juego y la decisión no era fácil. Tampoco esta vez hice comentarios y me tragué los garabatos. No quería eclipsar aún más la mala relación con mi mujer, que ya sumaba tres días.

Esperé que se levantara para dejar la mesa, no quería hacer nada que forzara alguna situación que desembocara en algún altercado. Se movía como una autómatas, no emitía ruido alguno y caminaba como si levitara. No cabía ninguna duda, seguía tan molesta como el día que había amenazado

con dejarme. Me tendí en la cama y a la falta de sueño continué la lectura del libro de Coetzee. Pocas veces habíamos entrado en esta situación, me preocupaba que los días pasaran y que Helena continuara tan molesta como el primer día. Después de un par de horas de lectura, el peso de mis parpados me alertaron que debía cerrar los ojos. En ese momento tuve un mal augurio, llamé a Sofía, que de inmediato entró corriendo y saltó sobre la cama, le acaricie el lomo tratando que se acomodara a mi lado. Sentí la grata sensación de que sus ojos de color ópalo, sabían lo que yo necesitaba, después de contemplarme se enroscó junto a mi pecho.

Cuando se aseguró de que ya estaba despierto, levantó su cola y saltó de la cama buscado su plato de leche. Al observar mi reloj me levanté de inmediato, me di una ducha y salí a la calle en busca del trabajo. Helena al parecer no estaba en casa, no había logrado divisarla durante mi agitada salida. Un poco antes de las veinte horas, caminaba por dentro del Mall hacia la multitienda que se ubicaba en el extremo sur del centro comercial. Cuando entré en la sala de monitoreo, Rubén ya estaba allí charlando con otro guardia. Al verme, se desplazó de inmediato hacia mí, como un arrebató espontáneo.

—Buenas noches don Ernesto, ¿durmió bien? —me dio un apretón de manos y esperó mi respuesta.

—Sí..., bastante bien, gracias ¿y tú? —Igual— dijo—. En ese momento el supervisor dejó el grupo y se dirigió hasta mí, para saludarme y darme la bienvenida.

Después de indicarme el informe del turno de día, donde me informó que todo había estado tranquilo, salvo un par de mecheras que habían sido sorprendidas hurtando y que los guardias adoptaron el modo adecuado para detenerlas. Me pidió que me estudiara todos los procedimientos. —Ya que dentro de poco los necesitarás — terminó diciendo.

Luego se retiraron todos y aseguraron las puertas al igual que el día anterior. Junto a Rubén, le dimos un vistazo al papeleo y luego revisamos los videos para observar el momento preciso cuando fueron sorprendidas las mecheras. Paso a paso, desmenuzamos el modus operandi de aquellas muchachas, por su forma de actuar no había duda de que eran diestras en su labor. Cuando concluimos de hurgar en los videos, me levanté, me calcé la gorra y me apresté a salir de la sala, cuando aseguraba la puerta, le indiqué la luma y le dibujé el número tres con mis dedos. Rubén asintió con un leve retozo y un movimiento de su cabeza. Mientras recorría la planta baja, observaba de vez en cuando hacia el tercer piso, mi mente se cargaba con las imágenes del día anterior. Por momentos un escalofrío azotaba mis huesos produciendo una vacilación que me intimidaba. No era cobardía, de eso estaba seguro, pero sin duda me inquietaba. Al enfrentar las escaleras del segundo nivel, me encontré con el personal de aseo que venía de regreso desde el tercer piso. Una mujer que bordeaba los sesenta años, a decir por su rostro, que ofrecía finas grietas en su frente que se agudizaban al hablar. La acompañaba una chica joven, de no más de veinticinco años, su piel era clara y tersa, los ojos entregaban un agradable color miel, (por momentos recordé a mi gata Sofía) que irradiaban una intensidad inusual.

—¿Cómo está todo? —pregunté con ánimo amistoso.

—Bien bien, todo anda bien, señor —dijo la mujer mayor, con un marcado acento peruano. La chica, dio una leve sonrisa ocultando sus ojos, noté un templado sonrojo de su piel cuando se amoldó el cabello.

Las observé hasta que se perdieron entre los pasillos del segundo nivel. Miré por un segundo hacia el tercer piso y resuelto tomé las escaleras.

En el momento en qué ponía mis pies en la losa de aquel piso, escuché nítido el lamento de un hombre. Seguí las ondas hasta su fuente, mi mal augurio se cumplió al enfrentar aquel enorme espejo. Mientras el quejido se agudizaba lentamente, al igual que un sonido acercándose desde todos los frentes, me observé en el cristal. Mis ojos no brillaban como antes, estaban opacos, sin vida, como los ojos de un tiburón, como los ojos de una bestia asesina. Aunque mi cuerpo seguía siendo atlético, mi rostro delataba las huellas como un viejo mapa, que se deteriora con el pasar del tiempo.

Lentamente mi imagen se fue diluyendo como una simple briza en medio de un aguacero. Al igual que el día de ayer, un nuevo contexto se mostraba entre los márgenes del cristal, nuevamente mi cuerpo se desdoblaba para entrar en aquel mundo paralelo que mostraba imágenes de mi pasado. Pasado, del cual me sentía orgulloso, mientras que mi conciencia se empeñaba en demostrarme lo contrario, tantos años después.

Era un simulacro de fusilamiento, lo recordaba bien, había cinco sujetos atados a unos maderos con la vista vendada en medio de un llano, junto a unos cerros cerca de Colina. Mi capitán nos dijo en voz alta que a su orden disparáramos, antes, nos había susurrado que si levantaba la mano, el disparo iría al cielo. Era una forma de tortura psicológica para sacar información a uno de los detenidos en especial. Cuando mi capitán se aprestaba a dar la orden, uno de los detenidos se orinaba, otro gritaba pidiendo compasión, pero al que debíamos ablandar, nos gritaba improperios a todo pulmón «¡muéranse milicos conchasdesumadre!»». Los tiros salían hacia el cielo, y él seguía maldiciéndonos, era de esos hombres que ni con todo el pentotal<sup>1</sup> del mundo, lograbas sacarle algo. Cuando los desatamos y quitamos las vendas, el que suplicaba, en una maniobra arriesgada huyó despavorido entre los espinos. En un reflejo levanté el fusil y apunté, mi capitán en ese momento puso su mano sobre el arma, —espera, espera— dijo, cuando el hombre lograba el límite de 100 metros, dijo —ahora, y lo quiero en la cabeza—. Aunque mi intención era darle, no lo logre, a pesar que gatillé en dos ocasiones.

Mi capitán en fracciones de segundo me arrebató el fusil, apuntó y los sesos de aquel pobre diablo estallaron en el aire.

1- Es una droga muy fuerte que anula la voluntad de quien la ingiere. Se le ha llamado el suero de la verdad porque así confiesan los crímenes que cometieron y los que no también.

—¿Sabía usted cabo Molina, que Lee Harvey Oswald con un arma del siglo XIX, marca Manlicher-Carcamo de 6,5 milímetros, a una distancia de 100 metros acertó en tres oportunidades en la cabeza del presidente Kennedy, y lo hizo en sólo 5 segundos?

—¡Sí señor lo sabía!

—Bien, bien... entonces debe practicar más —puso el arma en mis manos y se alejó.

Mis ojos se humedecieron ante aquella visión, que lentamente comenzaba a desaparecer para retomar mi imagen. Por lo menos hoy no huí como ayer, enfrenté a mi conciencia que se empeña en castigarme, pensé. No es justo, me repetía una y mil veces, sólo los que han estado en las fuerzas armadas saben que las órdenes son órdenes, y se cumplen sin chistar. Los civiles nada saben de eso, si hoy estuviera mi general cortarían de cuajo las protestas de los estudiantes, las quejas de los profesores y a todos los que desafían el orden público. El traidor de Piñera, cree que hablando logrará poner orden, está equivocado, cualquiera ataca y le falta el respeto a la policía, es cosa de ver las noticias. Me decía, mientras bajaba las escaleras buscando la sala de control.

La mañana del jueves, el sol irradiaba soberbio después de estar oculto un par de días. Entregamos el turno a los colegas entrantes, y salíamos junto a Rubén, hacia nuestros hogares.



## **CAPITULO V**

**A**l entrar en la casa un aire gélido envolvía el ambiente, una sensación extraña me invadió. Al abrir la puerta de nuestro dormitorio observé que Helena no estaba, la cama estaba minuciosamente ordenada, era probable que hubiera salido temprano ya que el reloj marcaba las nueve con algunos minutos. También era posible que haya pasado la noche fuera, dudé. Abrí las puertas del ropero y su ropa estaba ordenada como la mantenía siempre, hurgué en su ropa interior, me causó extrañeza una buena cantidad de calzones y sostenes de colores exóticos que se insinuaban en la parte superior del cajón. Eso me rondó largo rato en la cabeza, ya que no me eran conocidos. Recorrí toda la casa, en el patio mantenía un cuarto bajo llave donde guardaba mis uniformes, gorras, cascos y un pequeño arsenal de balas de diferentes calibres y una reducida cantidad de explosivo plástico que atesoraba, desde el tiempo que pertencí a la escuela de paracaidismo en Peldegue. Del tiempo que fui comando del ejército, guardaba buenos recuerdos y estaba

orgullosa de ello y, me resistía a aceptar que los hechos ocurridos durante el gobierno de mi general, opacara mi carrera en la institución. Por un momento pensé en las llaves del cuarto, Helena siempre las ocultaba en diferentes partes. Temía que pudiera darme un tiro cuando me visitaban aquellos fastidiosos dolores de cabeza, que no me dejaban dormir. Después de meditar por algunos minutos ingresé en la casa. Al entrar al dormitorio, Sofía estaba sobre la cama, como esperado a que me tumbara. Me desvestí y me enfundé bajo las ropas, Sofía, en forma instintiva se apegó a mi pecho dispuesta a dormir. Ella sacudió su cabeza y sus orejas se movieron como verdaderos radares, luego se lamió el pelaje negro de su pata, y me observó como pidiendo una caricia. Le pasé la mano a contrapelo un par de veces, para luego volver a acomodárselo con suavidad. Su pelo negro brillaba de una manera especial ese día, no logré imaginar el motivo.

Saltó de la cama y salió del dormitorio con su cola orgullosamente levantada. Observé mi reloj de pulsera que aguardaba en el velador, di un golpe de espanto, no lo podía creer, habían pasado más de diez horas. No aceptaba aquello de ningún modo, salté de la cama y me asomé a ver el reloj que tictacqueaba en el living con el péndulo en un balanceo perpetuo, no había duda, era cierto. De inmediato me duché y me preparé para salir al trabajo, ya que la hora se aproximaba. En ese momento sentí una lanceta que se ensartaba en mi espalda y un líquido ácido bajaba por mis huesos, corroyendo todo a su paso. En una acción intuitiva giré y mis pasos se dirigieron hasta el ropero, por un momento sentí que me desmoronaba y caía a pedazos, al igual que un cristal roto. La mayor parte de su ropa interior

ya no estaba, y sólo se mostraba la lencería nueva y extravagante. Al hurgar, un papel que estaba entre las prendas pulcramente doblado en cuatro, sobresalió. Por un segundo me maldije, por haber dormido tanto y de tal manera, que no había sentido nada en el momento que sacó sus ropas y abandonó la casa, supuse. Dejé el papel sobre la mesa y no intenté abrirlo, por instinto, miré la puerta de la habitación de mi hijo que se encontraba cerrada. Luego caminé hacia la salida.

Camino al trabajo comencé a atar cabos, hace algunos días me había percatado que las llaves del cuarto exterior, se mantenían en la cajonera del velador. También las últimas noches que había dormido en casa, mi Luger amanecía bajo mi almohada, después de tantos años de esconderla cada noche. Sentí que en mi cabeza algo comenzó a torcerse, trayendo ideas funestas. De un plumazo aligeré la mente, como quien retuerce un papel escrito y lo desecha en la papelera. Traté de sacar esos pensamientos de aquel contexto, buscando algún buen recuerdo. No aceptaba de ninguna manera la posibilidad de que Helena podía haberme abandonado.

Me esforcé en saludar de buena gana a todos los que se encontraban dentro de la sala aguardando el cambio de turno. Después de quedarnos solos, le pedí a Rubén que aguardara en la sala mientras yo recorría las diferentes puertas de acceso, verificando que todo estuviera en orden. Al regreso, tomé asiento en un rincón en completo silencio, aún quedaban trazas con malas vibras que se reusaban a dejar mi cabeza. Rubén me miraba con extrañeza mientras daba vistazos fugases a los monitores.

—¿Le sucede algo don Ernesto? Porque tiene su rostro algo descompuesto... —me observó con intriga, esperando respuesta.

—No... sólo un pequeño problema familiar, que pronto terminará... No es más que eso. —Repliqué sin alzar la vista, que se perdía en un punto impreciso de una baldosa.

—Entiendo don Ernesto... lo entiendo, yo cuando tengo problemas lo dejo todo en manos de Dios.

—¡Dios!... ¡dijiste, Dios!, ¡¿Qué sabes tú de Dios?! —golpeé, mostrando mis ojos con un fulgor afilado.

—Hace algunos años que pertenezco a la Iglesia Metodista Pentecostal y, he estudiado bastante la Biblia —dijo, manteniendo la misma pasividad de siempre.

—¿Sabes cuantas religiones existen en el mundo?...¿Y, sabes que todas dicen ser las dueñas de la verdad?, ¿sabes eso?..., ¿me creerías si te dijera que son millones?, sí, son millones, y todas predicán querer al prójimo, mientras que en el cuerno de África miles de niños mueren de hambre. ¿Me puedes explicar cómo durante las cruzadas, mataron más gente en nombre de Dios, que en todas las guerras juntas?... Me puedes decir, ¿Cuántos hombres, mujeres y niños murieron bajo torturas horribles durante la Inquisición? —Rubén se mantenía impávido escuchando aquello que se reusaba a creer.

»Tú no sabes nada de Dios..., sabes Rubén, creo que al final de la vida te darás cuenta, de quién es, o, dónde está Dios. Yo, en mis 57 años he visto morir mucha gente, gente que sabe que va a morir, hay quienes ruegan a Dios, algunos

piden que los lleve a la eternidad, otros mueren en completo silencio, pero los que más dignamente mueren, son aquellos que no le temen a la muerte. Aquellos que te escupen la cara, antes de que le metas una bala, el brillo de sus ojos no lo borra ni siquiera la muerte. Así deseo morir yo, con la sangre caliente, mirando a los ojos del que me arrebató la vida, y ¿sabes por qué?... porque la muerte es parte de la vida, y no debemos temerle.

»Pienso, que si crees realmente que existe Dios, debes de buscarlo en conciencia, solitario, tú y él solamente, desnudarte ante él, confesarle tus éxitos, desventuras, pecados y ambiciones. Sólo de esa manera podrás vivir en paz, no busques intermediarios para lavar tus culpas, ¿me entiendes?... no entregues tú intimidad a curas, pastores o psicólogos, que a veces cargan más pecados que uno mismo. Para lavar tu conciencia sólo necesitas la soledad de tu cuarto, y nada más.

»Las religiones son un ente para mantener latente el miedo a la muerte y, de paso, te prometen la vida eterna. ¿A cambio de qué?... de tu contribución mensual, ¿Qué hace la gente poderosa, rica? Acuden todos los domingos a la iglesia, se golpean el pecho y le dejan buena propina al cura, y en sus casas mantienen una nana peruana trabajando de sol a sol, por un sueldo miserable. ¿A qué voy Rubén?... Que son sólo chapas, y por dentro su conciencia se inflama.

»Tengo cuatro hermanos y nuestra relación es casi nula, todos tomamos diferentes caminos, dos de ellos, eligieron religiones distintas, y a mí, por supuesto que me detestan por la carrera militar que elegí. Durante cinco años que no cruzábamos palabras, el hermano restante, al parecer

no tomó ningún camino religioso, más bien se dedicó a los negocios, por su apariencia y lo pomposo de su hogar creo que le va bien. Un domingo cualquiera nos reunió en su casa para presentarlos a su familia, uno de sus hijos se casaba y encontró justo que conocieran a sus tíos. ¿Sabes lo que pasó, Rubén?..., no pasaron cinco minutos después de la presentación y los dos que profesaban en distintas religiones, ya estaban discutiendo airadamente sobre cual religión era la verdadera. Cada uno gritaba sus argumentos y remataban que el resto se pudrirían en el infierno. Mientras que los elegidos gozarían a sus anchas en la tierra prometida. Y si quieres saber más, te contaré mi propia experiencia que creo que rebasa todo.

»¿Recuerdas el año 87, cuando estuvo el Papa en Chile y Argentina?... Por aquel entonces yo estaba a punto de dejar mi carrera de comando en el ejército, mi capitán eligió a los 50 mejores tiradores que poseía la institución y entre ellos estaba yo. Fuimos asignados exclusivamente al resguardo del Papa mientras estuviera en suelo chileno, los apostábamos estratégicamente en los edificios por donde debía pasar la comitiva. Como todo el mundo sabe, la caravana era liderada por él, en una costosa carroza protegida por vidrios anti balas, ni siquiera un fusil M-16 lograría abrir un forado a aquellos vidrios. También se nos informó que todos los que lucían un distintivo amarillo, eran sus escoltas y cargaban armamento de distinto tipo. ¿Sabes cuantos conté?... aunque no lo creas, eran más de 200.

»Un día de esos, me hice esta pregunta ¿Por qué viene tan protegido y armado, si sólo viene a predicar paz y amor?... —Rubén me escuchaba con tanta atención, que

estoy seguro que si en este momento un grupo de delincuentes desbalijara la tienda, no se daría cuenta.

Luego Rubén se levantó de su asiento, dubitativo, como si estuviera a punto de encontrar la pieza del puzle que le faltaba para finalizar un juego.

—Don Ernesto, ¿puedo dar yo la primera ronda?  
—asentí con la cabeza.

## **CAPITULO VI**

**P**ensé en Rubén por largos instantes, encontré injusta la vida de aquel muchacho, tan joven y con una de las mayores frustraciones que un hombre puede cargar. Desempeñarse en un trabajo que no desea, aún así, él la asumía con tal dignidad que era admirable. Mientras le contaba mi experiencia, sus orejas se giraban como verdaderos radares tratando de captar todas las ondas que su cerebro lograba procesar, sin duda, era un joven con clara vacación militar a toda prueba. Algo debía hacer al respecto, reflexioné.

Cuando regresó Rubén, se paró frente a mí, por un momento pensé que me increparía por las cosas que dije respecto a sus creencias. Pero no fue así, me estrechó su mano y me agradeció con la sumisión de un recluta nuevo.

—Tendré que estudiar bastante sobre la vida —dijo, luego tomó asiento tras los monitores.



Esa noche no quise enfrentarme a mi conciencia, no fue por recelo o cobardía, si no porque mi cabeza estaba atestada con pensamientos fragmentados, por lo acontecido con Helena. Así que no subí al tercer piso, me quedé en el segundo nivel acompañando a la señora del aseo junto a la muchacha joven. Charlamos de todo, de su añorado Perú, de su vida en Chile y que esperaba del futuro. La chica de vez en cuando levantaba la cabeza, para ofrecer sus mejillas sonrojadas, luego, se sumía en un interminable batir de un trapero. A veces se detenía para contar que había abandonado el colegio para ayudar a su familia y no tenía nada claro, cuando retomarí su enseñanza media. Su futuro estaba claramente hipotecado por un problema económico que afectaba a su grupo familiar. Por un momento me llevó a pensar, en las protestas por educación digna y de calidad, que por estos días realizaban los estudiantes en el centro de Santiago. Me despedí de la señora Elvira y de Natalia. Mientras caminaba hacia la sala, la preocupación por Helena se hacía cada vez más patente. Algo iba a hacer, eso lo tenía claro, pero debía pensarlo y decidirlo en calma, no podía hacer algo que me costara caro y después no pudiera echar pie atrás. Y, era eso, lo que realmente me preocupaba, mi mente se debatía en la mesura y el extremo, y algo del sentido común mediaba buscando el punto menos traumático de aquella decisión.

El día jueves al dejar el Mall, nuevamente el sol nos complacía con su agradable presencia. La vista hacia el cerro Chena aquella mañana de julio se mostraba con un verdor que envidiaba, por un momento, los recuerdos de mis inicios cuando realicé mi servicio militar en la Escuela de Infantería, me inundaron. Conocía aquellas tierras como la

palma de mi mano, recordé también las tardes que presenciábamos las carreras de motocross, que se realizaban en la pista en medio de los empinados cerros y, que tenían unas trepadas impresionantes. La mixtura de colores que lucían los pilotos que surcaban el aire, con el sonido ensordecedor de sus motocicletas. ¿Cómo olvidarlo?, me preguntaba mientras el bus avanzaba raudo entre los plátanos orientales que orillaban la Avenida Portales y se alejaba adentrándose en la ciudad de San Bernardo.

Lo primero que observé al abrir la puerta, fue la carta de Helena que se mantenía invariable en el mismo lugar. Sofía salió a mi encuentro quejándose por la falta de comida, entré a la cocina y surtí sus potes para acallar sus maullidos. Con la cola levantada saciaba con voracidad su apetito, había olvidado completamente surtirla, ya que era mi mujer la encargada de hacerlo. Bueno, pensé, es lo mínimo que debo hacer desde ahora en adelante, ya que Sofía se había convertido en la guardiana de mis sueños, trabajo no menor. Recorrí la casa y comprobé que todo se encontraba en orden, acto seguido me desvestí y me cubrí entre las ropas. Decidí continuar con la lectura a la espera de que Sofía hartara su apetito. Estaba pensando en el protagonista de la novela y sus dos matrimonios a cuestas, cuando sonó el teléfono. Dudé en contestarlo, pero luego presagié que podía tratarse de Helena, pero ese pensamiento, me sonó ilógico, eso era imposible, así que me levanté y fui hasta el living. Subí el fono deteniendo el persistente sonido, por un momento, el silencio se instaló al otro lado de la línea.

—...Papá, papá, estas ahí —dijo la voz, que reconocí enseguida.

—Sí, sí, ¿qué pasa hijo? —pregunté

—Papá ¿qué pasa con mi mamá, que no está en casa? La he llamado a su celular, pero al parecer lo tiene apagado.

—No sé nada de ella desde ayer, tomó algunas cosas y se marchó, dejó sólo un papel en el cajón de la cómoda —. Podía sentir la respiración agitada de mi hijo a través de la línea, también escuché con claridad, cómo sacaba un cigarrillo y lo encendía raspando un encendedor de esos baratos.

—¿Y qué dice el papel? —preguntó luego.

—No lo sé hijo, y no tengo ninguna intención de leerlo, si se fue, es cosa de ella, yo no puedo hacer nada.

—Nuevamente el silencio se instaló.

—Y tú, ¿sabes algo? —pregunté

—No... nada, por eso estoy preocupado... ¿papá tuvieron alguna discusión?

—No, nada, las discusiones de siempre.

—Bueno, si sabes algo, me avisas.

—Ok, hijo, si sé algo te llamo de inmediato.  
—Luego bajé el aparato.

Comencé a divagar nuevamente en los motivos que tuvo Helena para iniciar aquella discusión, si sabía muy bien lo que le esperaba. ¿Por qué me abandonó?, ¿por qué no les

comentó su decisión a nuestros hijos? ¿Por qué ocultarlo?, miles de interrogantes me sacudieron en ese momento. Miré a Sofía que se lamía su semblante en un claro gesto de estar satisfecha. Enseguida, caminó delante de mí en dirección hacia la habitación, parecía saber que su compromiso de guardiana estaba por comenzar.

Corrí la cortina algunos centímetros, el nuevo día se mostraba gris y las nubes parecían que estaban pegadas al cielo totalmente secas. Mi reloj rondaba en las cinco y treinta, me incorporé y mientras me daba una ducha, puse a calentar la comida preparada que había comprado por la mañana en el supermercado, que estaba ubicado dentro del centro comercial. Sofía, continuó en la cama lamiéndose ajena a toda situación. Me vestí y luego me acomodé en la mesa a servirme la comida, a Sofía, le cargué sus pocillos de alimento y leche. Mientras hacía esto, apareció con la velocidad de un rayo y comenzó a restregarse en mi brazo. Cuando observaba a mi gata, Pensaba que el límite de aquellos acontecimientos no debería sobrepasar de una semana, luego, dependiendo de los sucesos, buscaría encausar nuevamente mi vida. Después de comer tomé el teléfono y llamé a la secretaria de la Escuela de Infantería, le entregué mis datos personales y posteriormente pedí el nombre del comandante en jefe del regimiento. Los que apunté en una servilleta, agradecí y corté, luego encendí la computadora y comencé a redactar una carta solicitando una entrevista. En la misiva ingresé todos mis datos, desde el primer día que había ingresado a la Escuela de Paracaidismo, incluyendo mi servicio militar en San Bernardo. Sabía que chequearían mis antecedentes, y también, que serían determinantes para acoger mi petición.

Dejé la casa una hora antes para pasar por el correo y depositar la carta. Acto seguido, caminé un par de cuadras hasta J. Pérez donde abordé un bus hacia el sector sur. Mientras el vehículo avanzaba por las arterias, observaba a la gente que caminaba por las veredas, se me pasó por la mente que podía ver a Helena deambulando sin rumbo. Pero lamentablemente su imagen sólo pude verla dentro de mi mente. Por un momento cerré mis ojos y la imaginé tendida sobre la cama, luciendo aquellas nuevas prendas interiores de color rojo con incrustaciones negras. Me observaba con ojos sensuales que rayaban en la lujuria, me preguntaba «¿cómo se ven?» y luego la imagen se desvanecía.

## **CAPITULO VII**

**E**l turno de día había sido algo agitado, una pareja de carabineros tomaba los últimos datos para el informe. Nuevamente una banda de mecheras se había dejado caer por la tienda, algunas menores de edad complicaron el procedimiento y, por ese motivo, todo estaba retrasado. Rubén González ponía tal atención al procedimiento policiaco, que no se percató de mi llegada. Poco después recibí su saludo, cuando estos se retiraron. Al quedamos solos, Rubén nuevamente me reiteró su agradecimiento por la charla que habíamos experimentado el día de ayer. Me comentó que de ahora en adelante las cosas no las tomaría tan a la ligera, y buscaría ver más allá de lo que la vista le ofrecía.

—Sabes Rubén, a un hombre le pueden quitar todo, incluso quedar desnudo, pero lo único que nadie le puede quitar es su conocimiento. Por eso, que es importante adquirir conocimientos y, que no necesariamente se

encuentran en las escuelas. En cualquier biblioteca encuentras libros de historia, de arte, y cualquier conocimiento técnico que necesites, lo importante, es que tú tengas las ganas de aprender, de empaparte de sabiduría. El bicho del saber se mete en la mente y se nutre de ella, y sólo sale de allí con la muerte. ¿Me entiendes, Rubén? ... También es necesario saber de política y de los políticos, que generalmente dicen una cosa y hacen otra, la educación cívica también es muy importante. Muchas veces la indiferencia ante las cosas, refleja la ignorancia. Los civiles creen que los militares no tenemos idea de política, y no pueden estar más equivocados, dentro de los cuarteles se desmenuza a cada político. Sabemos qué tipo de persona es, cuáles son sus valores y ante que materias pueden ser más vulnerable. ¿Por qué crees que mi general se mantuvo por más de 17 años en el poder? Es cierto que durante los primeros años fuimos rudos con los civiles, pero ese exceso, fue un mal necesario, los comunistas estaban organizados y también dieron pelea. El país estaba en un hoyo económico y, él logró sacarlo a flote y ponerlo de nuevo a crecer a un ritmo adecuado. Hubo muchos muertos, es cierto, pero en todas las guerras los hay y, de ambos bandos. Si tú supieras las secuelas que yo cargo desde aquel tiempo, la brecha que se abrió en mi familia, no cerrará jamás...

»Los políticos todavía critican el gobierno de mi general, sin embargo las políticas que él inició siguen vigentes, y las aprueban. Han seguido privatizando las empresas estatales, se privatizaron las carreteras, las nuevas compañías mineras, hasta el agua potable se vendió a una transnacional... ¿de qué me hablan! Y, ¿Dónde están los recursos que se recaudan? La salud pública, por el suelo, la

educación pública, en crisis, el combustible por las nubes... Por eso mi estimado Rubén, debes estar siempre al tanto de los políticos, que son como una jauría de perros salvajes, que no trepidan en atacar cuando ven amenazada su comida.

»Por si no lo sabes, Piñera era un pobre banquero, incluso estuvo procesado por movimientos fraudulentos de dinero, y la ministra de justicia durante el gobierno de mi general, lo salvó de ir a la cárcel. Amasó una gran fortuna durante los años que estuvo mi general, y ahora, lo niega diciendo que siempre fue un demócrata y que no sabía lo que pasaba durante el régimen militar. ¡Ese traidor algún día las va a pagar! Acúrdate de mis palabras, estimado Rubén. —El joven asentía sin interrumpir en ningún momento.

Dicho esto, me levanté dispuesto a iniciar la primera ronda. Rubén, movió la cabeza afirmativamente, como si recién se enterara de algo importante, dando muestras de que no tenía la más mínima idea, que eso hubiera ocurrido. Mientras caminaba por la planta baja, llegó hasta mi mente el recuerdo del espejo. Vacilé un par de segundos, y decidí enfrentarme a mi conciencia, estaba convencido que lo hecho durante el tiempo que pertencí a las fuerzas especiales de ejército, había sido absolutamente necesario y el tiempo se había encargado de demostrarlo. Caminé resuelto por las escaleras del segundo nivel, desde lo alto divisé a la señora Elvira junto a Natalia que movían sus traperos entre los percheros. Agitaron sus manos al verme y yo hice lo mismo. El espejo se mantenía inmaculado, como siempre, al igual que un guardia en el frontis de un palacio real. Un silencio abismante de pronto cercó el lugar dejando una sensación opresiva, que me inquietó por algunos instantes. Mi imagen se mostraba clara, pero mis rasgos



faciales se habían acentuado, bajo mis parpados un color oscuro imperaba. Como en los días anteriores, mi imagen se fue diluyendo hasta desaparecer, recordé de inmediato el lugar que comenzaba a copar los hitos del espejo. Era la sala que se destinó a las torturas de los detenidos por actos subversivos, entre los años 75 al 77. Ahí mi capitán ordenaba hasta cuando se debía mantener el suplicio. Para ser franco, a veces pensaba que realmente aquellos hombres no sabían nada, porque era imposible que no delataran a nadie cuando se llegaba al límite. A veces cerraba los ojos cuando el capitán pedía más, y más, y la perilla del reóstato<sup>1</sup> ya estaba al máximo, el hombre se orinaba y defecaba sobre la parrilla. Podía sentir la muerte que reía y esperaba impaciente que el detenido sucumbiera, creo que mi capitán estaba enfermo, sí, enfermo de sadismo. Pero sus órdenes eran sus órdenes, y nadie podía cuestionarlas, al menos los de rango menor.

Generalmente cuando llegaba de mal humor, le hacía bastante daño a los detenidos, muchas veces se le pasaba la mano y terminaba dándoles un tiro de gracia. Cuando eso ocurría, nos pedía que sacáramos al condenado moribundo hasta el patio, él, caminaba tras nuestro, podía sentir el “clic” de su arma cuando le quitaba el seguro, era un sonido duro y frío como la muerte.

<sup>1</sup> Resistencia variable, desde donde se controla la cantidad de corriente que circula por un circuito eléctrico.

Esa era la imagen que hoy me mostraba mi conciencia. También observé con claridad cuando limpiábamos la sala, sacando el excremento y los orines que se mezclaban con la sangre. La parrilla se impregnaba de un olor a carne quemada que revolvió las tripas, era casi imposible digerir algo con ese olor empapado en la piel. Al llegar a casa, me duchaba para quitarme aquel hedor, aun así, comía con desgano, como si el estómago estuviera cargado, y no soportaba ni un solo gramo más de alimento.

Cerré los ojos y pensé, que ya había sido suficiente, que debía terminar de desafiar a la conciencia. Caminé algunos pasos, me senté en un living con tapizado de cuero, que estaba en el sector dedicado a mueblería. Me cuestioné si debía o no buscar a Helena, y decidí no hacerlo, estaba mi dignidad en juego. *El que se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen*, pensé. Chequeé mi reloj por instinto, ya que en la pared de enfrente había una infinidad de modelos de relojes y su tic tac salpicaba en el ambiente como juego de ping-pong. Bajé las escaleras en busca de la sala, al entrar, Rubén estaba frente a las pantallas. Sin hablar me hizo un gesto para que observara un detalle del primer piso. En ese preciso momento, una de las puertas activó la luz de alarma silenciosa dentro de la sala, forzaron la cortina metálica e ingresaron con dos carros de supermercado. Uno de los delincuentes apuntaba a dos guardias del centro comercial, mientras el otro, cargaba el carro con electrodomésticos y algunos equipos de computación. De inmediato llamamos a carabineros, dando el aviso, los delincuentes seguramente sabían el tiempo de respuesta y debían actuar rápido. También llamé en forma privada a mi supervisor, por si había algún inconveniente.

—Rubén, vamos a salir, tú iras donde el que está cargando los carros, levanta las manos para que no se ponga nervioso, dile que se vaya que la policía llegará en cualquier momento. ¡No intentes atacarlos! ¿Me oíste?

—Sí, está claro. —Respondió.

Al bajar las escaleras yo me desvié y avancé con cautela, saqué mi Luger y pasé una bala a la recámara. Estaba consciente que tendría que usarla sólo si veía amenazada alguna vida, Rubén avanzó con las manos en alto haciendo todo al pie de la letra. El tipo lo apuntó y le pidió que se echara al piso, en ese descuido enfrenté su espada y, le di un golpe en la nuca con la cache de mi arma. Cayó pesadamente, lo arrastramos y lo ocultamos tras un pilar, le susurré a Rubén que el otro tipo, tenía dos opciones: al cumplirse el tiempo vendría a buscarlo o, se iría, ya que debía de haber otro tipo esperándolos con un vehículo en marcha. Guardé mi arma, y tomé la del tipo, mi compañero observó atónico la escena, seguramente nunca pensó que yo cargaba ese hierro. Eso para mí también sería un problema, pensé. Decidí ocultarnos, y evitar cualquier riesgo, ya habíamos hecho nuestro trabajo evitando el robo de la tienda, y teníamos un delincuente detenido, lo que pasara de ahora en adelante no era nuestro problema, era problema de los guardias del Mall. Ellos ya habían sido sorprendidos y además los tenían de rehenes. Mientras los segundos pasaban con una lentitud abismante, revisaba el arma que acababa de apoderarme, un 38 muy amancillado con su serie borrada, lucía como si hubiera resistido mil batallas. Los gritos de llamados se hicieron intensos, dudé en salirle al encuentro, ya que el tipo debía de estar muy exaltado por la falta de respuesta. Cuando estuvo a mi alcance, le di un grito

que se entregara o, le dispararía, en ese momento tomó una mala decisión y, disparó dos veces. Las balas dieron en el robusto pilar que nos cubría, luego sentí el silbido de las zapatillas al huir. Me arrodillé, apunté, y le di un tiro en un muslo. La idea era no tirar a matar, para no complicarse, aunque ya estaba libre de polvo y paja, porque utilicé el revólver, y no mi pistola. El tipo rodó por las baldosas dando gemidos, al igual que una rata herida con su destino sellado. Rubén le quitó el arma mientras yo lo apuntaba. En el momento que soltaba las ataduras de los guardianes del Mall, un vehículo chirrió sus ruedas y se alejó a alta velocidad, en el preciso instante, en que las sirenas se acercaban. En una maniobra rápida, tomé a Rubén y le dije, que la única arma que habíamos utilizado era la del asaltante, que se la habíamos arrebatado en un descuido, la mía, no existía. En sus ojos pude ver su respuesta.

A un par de cuadras antes de tomar la autopista, capturaron la camioneta con algunas especies, mi jefe estaba orgulloso por las felicitaciones de la policía, aunque igual encontraron arriesgada la maniobra. Después de filmar nuestras declaraciones, nos retiramos, pero antes de iniciar el camino a casa pasamos a tomar desayuno a una cafetería dentro del Mall. Rubén González, me dijo mientras levantaba su tasa *«a eso le llamo actuar con sangre fría»*.

—No te preocupes, es posible que pronto aprendas todo eso —le dije, aunque segundos después me arrepentí de habérselo dicho, porque desperté su curiosidad y quedaron algo descubiertos mis planes.

—¿Por qué me dice eso don Ernesto? —una intriga evidente se reflejaba en sus ojos, que brillaron acerados.

—Nada...en realidad no sé de donde salió eso.  
—Dije, tratando de no despertar alguna sospecha.

—Quizás más adelante yo mismo te enseñe algo, como manejo básico de armas, algunas técnicas de combate. También te instruiré cómo el ejército se nutre de las estrategias de nuestros antepasados araucanos y, algunos pueblos guerreros que vivían en las zonas andinas de América del sur, antes de la llegada de los españoles.  
—Repliqué, logrando bajar el fulgor de sus ojos.

—Qué bien, gracias de antemano don Ernesto. — comentó mientras terminábamos el café. Acto seguido, iniciamos el camino a casa con un sol esquivo que jugueteaba entre las nubes, dando apariciones algo caprichosas.

## **CAPITULO VIII**

**M**ientras habría la reja del antejardín, observé un telegrama que se mostraba sobre el camino de baldosas, frente a la puerta principal. El sello militar lucía imponente junto al franqueo de la empresa de correos, ingresé a la casa y tomé asiento en el living. Sofía se instaló a mi lado dándome suaves golpes con su cabeza a la altura de mis costillas, a modo de recuerdo, sus tripas seguramente estaban agitadas por la hora del desayuno. Rompí el sello y la leí.

Estimado señor:

Ernesto Molina Lafuente

PRESENTE

Al estudiar su petición y observando sus antecedentes, creo en la necesidad y el placer de conocerlo personalmente, para tener una charla y, de alguna manera,

abordar su inquietud. Si no hay ningún inconveniente, lo espero en mi despacho a las 09:00 horas del día lunes 25 del presente mes.

Sin más se despide.

Roberto Thompson L.

Comandante en jefe, Escuela De Infantería San Bernardo.

Doblé el papel y una señal de buen augurio me invadió, al parecer todo se había configurado para que aquel día fuera reluciente. Hasta un rayo de sol se había colado frenético por el espacio que dejaba la cortina, y que mantenía una claridad generosa. Poco después, me servía una taza de leche, y observaba a la gata que hacía lo propio con su cola al tope, aquietando el carácter de su vientre. Pensé, en dormir hasta el medio día nada más, ya que no tendría que volver al trabajo hasta el lunes por la noche. Con el discurso que le daría al comandante fraguado en la mente, me tendí y avancé algunas hojas del libro “Desgracia”. Sofía miró las hojas hasta que el peso de los parpados me doblegó.

El creciente sonido del teléfono llegó hasta la habitación, como si una llave se fuera abriendo lentamente hasta colmar mis oídos. Repasé mi reloj y comprobé que dentro de poco la alarma de mi celular debía sonar. En algún momento pensé en no contestar, pero el fastidioso y persistente sonido me convenció. Me levanté, sin apuro, como si desafiara la inoportuna insistencia. Sofía se

desperezó y luego me siguió hasta el living como si respaldara mi molestia.

—¡Quién habla? —golpeé

—Papá, papá... ¿estabas durmiendo?

—Sí, pero no importa, dime hijo, ¿qué pasa?  
—Repliqué

—¿Has sabido algo de mi madre?, ya han pasado cinco días, ¿leíste el papel?

—No... nada, no tengo ni la menor idea, tú eres el único que ha llamado, el papel sigue igual, y no pienso abrirlo.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé, si no tengo noticias este fin de semana, la próxima tomaré alguna decisión.

—Ok, papá, espero que sepamos algo pronto, cualquier cosa te aviso, cuidate —luego cortó.

Un jeans gastado de buena marca y una casaca liviana de color al tono, me calcé después de ducharme. Sofía al parecer había salido al patio a socializar, que suerte que tiene amigos pensé en ese momento. Abordé el Toyota Célica y salí resuelto hacia el centro de San Bernardo. Crucé por el costado oriente de la plaza, para luego dejar la comuna y enfilarse por Gran Avenida, en cada semáforo agudizaba la vista haciendo esfuerzos estériles para dar con la silueta de Helena. Sobre mis hombros cargaba un estigma que me condenaba a la soledad, a la frialdad de un hombre



solitario, sin amigos, sin familia. ¿Qué otra cosa podía hacer?, que errar por las calles buscando un fantasma que sólo en mi mente continuaba vivo. No lograba convencerme de que había perdido al único ser que había logrado entender mi torcida mente durante tantos años, para abandonarme al final del camino. En Américo Vespucio giré y retorné por la vía poniente de la Gran Avenida, pero las imágenes fueron idénticas. Dos vueltas a la plaza de San Bernardo y luego tomé la Avenida Portales para ir en busca del Mall, del sector sur. En el segundo nivel en el patio de comida, busqué un rincón en una cafetería. A esa hora de la tarde, en el local había pocos clientes, y en el ambiente se olía un grato aroma a café, que estimulaba. En la pantalla plana de gran dimensión que se esquinaba a unos cuantos metros de mí, comenzaba el noticiero central del canal estatal. La voz cargada de eses del español Gomez Pablos, informaba de las protestas ocurridas durante la mañana.

—¿Por qué mierdas ponen a ese pelotudo en pantalla?! ¿No hay en Chile un lector de noticias que dé el ancho?! Es nuestro noticiero central del canal estatal, y ponen a un español que sesea a cada segundo. ¡Putas el ejemplo lindo de chilenidad que les damos a nuestros hijos!... —Traté de contener el volumen de mi voz, pero una pareja que se encontraba próxima me observó con un claro gesto de interrogación. No les di importancia y me concentré nuevamente en la pantalla, a decir verdad, sentí un pequeño alivio, ya que desde hacía días que no reputaba la pantalla en contra de algún político, o, de algo que mi vista no aprobara.

Camila, la chica con el aro sensual que perforaba su nariz, pedía respuestas a las demandas exigidas. No

necesitamos nuevas propuestas —decía— lo que queremos son respuestas —remachaba. El petizo de bigotito líder de los profesores también rugía por sus demandas, atacando las raíces judías del ministro del interior.

— ¡Pelotudos! ¡Deberían estar trabajando y estudiando.

— Nuevamente la pareja me observó, y murmuraron algo entre ellos.

Mientras levantada la taza para dar un sorbo de café, moví la cabeza negativamente al ver las imágenes de los destrozos que de costumbre coronaban el predecible final de las marchas “pacíficas”. Al final, como siempre, con su vistosa corbata roja y su cuidado pelo ceniciento, el presidente solicitaba cordura, pedía que retornaran a sus labores que la mesa de diálogo estaba funcionando. Se te está poniendo fea la cosa, dirigir un país no es igual que dirigir una empresa... te llegó la hora de pagar traidor, dije para mí.

Bajé la cabeza por un instante, un crujido antecedió a un profundo dolor que se alojó dentro de mi mente. Fue como si miles de filudas estacas danzaran dentro de mí, cerré los ojos para disimular aquella aguda molestia. Era tan desgarrador aquel malestar, que en ese instante hubiera preferido volarme la cabeza. Después de un silencio que intimidaba, tomé una determinación. Una decisión que cortaría de cuajo todos mis males. En ese momento también pensé que mi paso por esta tierra no sería en vano, dejaría una huella tan profunda que jamás podría ser borrada. Todo

fue tan extraño y sorprendente, que era como si estuviera atrapado por un conjuro que una bruja rabiosa me hubiera lanzado. Después de algunos interminables minutos mi cabeza comenzó a descomprimirse y, lentamente la molestia me liberó. Observé nuevamente la imagen de la pantalla, Piñera, terminaba su discurso y el canal estatal se volcaba a otra noticia. Pensé en la decisión que había tomado minutos antes, y un gesto espontaneo de conformidad la selló.

Salí del local y deambulé por los pasillos del centro comercial, mi mente divagaba entre miles de detalles, tratando de condensar aquellos que en determinado momento me pudieran jugar en contra. En el Home Center que se ubica dentro del Mall, adquirí algunas herramientas y un cinturón de seguridad que utilizaría para lograr mi propósito. Antes de retirarme, compré algunos víveres en el supermercado para surtirme durante el fin de semana. Al dejar el centro comercial y mientras guardaba todo en la maleta del Toyota, por instinto alcé la cabeza, me detuve por algunos instantes a observar cómo la noche estrellada le daba la bienvenida a la luna, que comenzaba lentamente a flotar en el cielo dejando atrás los agudos picos nevados. Pensé, que esa imagen privilegiada que nos brindaba la naturaleza, en alguna parte del mundo Helena también debía de estar disfrutándola. El recuerdo de Helena que llegó en ese momento, me provocó una sensación extraña, como si en ese instante la tuviera entre mis brazos deleitándome con su cuerpo desnudo. Un sentimiento de lujuria me sacudió, fue tan penetrante aquella emoción, que mi pene salió de su posición de reposo, esa erección animó un deseo incontrolable de tener sexo. Fluía de forma natural esa sensación, ya que hace algunos días, saciaba mi instinto

masturbándome, ahora era diferente, mi cuerpo pedía piel, sentir bajo mis palmas el calor de una piel suave y tersa como la de mi mujer.

## **CAPITULO IX**

**L**as diez de la noche mostraba el reloj del Toyota, cuando buscaba frenético la Autopista Central, en una noche clara, influenciada por la luna en todo su esplendor. Al llegar a Américo Vespucio disminuí la velocidad, busqué en las veredas alguna mujer que saciara mi instinto, mi debilidad esencial, la falta de piel que me desgarraba por dentro como un sueño sin fin. En ese momento la dignidad la envíe al carajo, sólo deseaba aquel momento con la urgencia de un marinero. Ojala que aquella mujer, tuviera algún parecido a mi Helena, el resto, se lo dejaría a la imaginación. Pasado un par de kilómetros del cruce con la Gran Avenida, tres chicas respondieron al llamado de las luces. La de mayor edad superaba las tres décadas, y era la que más se asimilaba a lo que buscaba. Su pelo oscuro mostraba un largo similar, cuando se acercó, observé su brillo excitado por la claridad lunar. Su rostro aunque no guardaba relación con ningún rasgo de Helena, me pareció agraciado y chispeante, el pantalón claro y ceñido exhibía

un cuerpo arrogante, deseable. La morena abordó el Toyota y buscamos un motel de las cercanías. Al entrar, observé a mí alrededor una decoración estrafalaria que circundaba la cama, algunos espejos nos reflejaron bajo una tenue luz. Recordé cuando visitábamos a menudo aquellos lugares y buscábamos el amor furtivo con mi amante, sí..., mi amante, que había cambiado mi vida cuando nos sorprendieron al interior del banco, hace más de 18 años. Desde ese tiempo que no visitaba un lugar como estos.

La chica me observaba sin decir nada, seguramente pensó que mi mente volaba tras un buen recuerdo, luego, se desvistió en silencio, sin apuro. Me desvestí y quedé solamente en *slip*, vertí en vasos las cervezas y me giré para ofrecerle. Ella, se puso de pie, su ropa ya no estaba y lucía sólo calzones y sostenes, seguí esas prendas de color rojo intenso, mientras rodeaba la cama con pasos blandos. Era como una pantera tras su presa, hasta que se detuvo frente a mí. Tomó el vaso y le dio un sorbo, mientras yo, hacía lo propio. Abrí mis piernas y mis manos recorrieron su cuerpo, ella, percibió que mantenía mis ojos cerrados, su experiencia, seguramente, le advirtió de que se trataba. En ese momento, la imaginación, comenzó un viaje en donde Helena era la protagonista. De pronto mis manos se resistían a creer lo que palpaban, ellas conocían la suavidad y cada rincón de la piel de Helena, pero por momentos, parecían desafiar mi espejismo. Todo era tan claro y real, que podría jurar que estaba con mi mujer al igual que antes. Mis manos conocían demasiado bien su piel, al igual como un artesano conoce su arte.

Sentí que mi pene eyaculaba dentro de una caverna ardiente, que se contraía a un ritmo acelerado, en ese

momento, la aferré a mi cuerpo, hasta que lentamente su aliento dejó de golpear mi rostro. Por largos minutos permanecimos abrazados, sin hablar, su rostro descansaba sobre mi pecho sudado, mientras, acariciaba su pelo, por momentos, mis ojos se resistían a volver a la realidad.

—¿Con quién estabas? —Preguntó

—Con mi mujer

—¿Y qué pasó con ella?

—Creo que me dejó, y aún no estoy claro cuál fue el motivo. —Suspiró y luego guardó silencio, quizás a ella le ocurría algo similar, pensé.

Después de ducharnos salimos del local, siempre en completo silencio, éramos como un par de autómatas con sus movimientos fríamente programados, con una misión definida. La dejé en la misma esquina donde me había abordado, cuando se aprestaba a bajar vaciló por un momento, me observó con determinación, quiso decir algo, pero su voz por algún motivo no salió. Luego, sin lograr vencer su garganta, bajó la vista y salió del auto. Cuando estuvo afuera, agitó su mano en señal de despedida, y su silueta se perdió camino al oriente.

Por calles interiores busqué la Gran Avenida, la Radio Cooperativa informaba que habían barricadas en diferentes partes de la capital, los estudiantes no llegaban a ningún acuerdo y los desordenes durante las noches se agudizaban. En los sectores periféricos y barriadas de Santiago, se hacía sentir el clamor del estudiantado. Al llegar, enfilé hacia el sur, la arteria se mostraba desierta a

esa hora de la noche. Ya era pasada la media noche cuando entraba en la casa, suspiré aliviado, por no haberme encontrado con desordenes durante mi viaje. Sofía, me recibió airada dándome empellones a mis piernas. Y lo primero que hice, fue satisfacer su apetito para calmar su mal humor. Acto seguido, acomodé los víveres en el congelador y dejé el cinturón de seguridad, junto con algunas herramientas sobre la mesa. Apagué las luces y me retiré al dormitorio, ya enfundado en las cobijas encendí el televisor. Las noticias eran idénticas en los canales nacionales, protestas estudiantiles, Piñera y su corbata roja pidiendo mesura y los desmanes que coronaban la jornada. Pero ese día la secretaria ejecutiva del Consejo del Libro, había abierto una nueva polémica, pronunció la frase que mi general había hecho famosa el día que tomó el poder: *“Hay que matar a la perra, para que se acabe la leva”*. ¡Sí!..., ¡eso es exactamente lo que voy a hacer, matar a la perra!... pensé en voz alta... Apegué el aparato y continué la lectura del libro de Coetzee, que cada página que avanzaba se ponía más interesante. Al sentir que Sofía buscaba su lugar en la cama, dejé el libro sobre el velador. Por un momento recordé a la mujer que algunas horas atrás, había captado mi necesidad y prosiguió con el juego como una actriz avezada, fue todo tan instintivo, satisfacer mi piel, aquietar mis recuerdos. Fue algo tan mecánico, que ni siquiera había preguntado su nombre. También era muy probable que ella haya imaginado a su hombre y al final, todo quedó reducido a un acto de satisfacción recíproco. Después de ahuyentar los pensamientos, acomodé la cabeza en la almohada y me abandoné al sueño.



El sábado por la mañana me puse manos a la obra a eso de las nueve y treinta, el día estaba claro y el frío mañanero de finales de julio iba en retirada. Sofía, buscó en el patio la luz que calentara su cuerpo. Entré al cuarto donde guardaba mis recuerdos de la época de militar, abrí uno de los baúles y contemplé el fusil que había utilizado mientras era paracaidista. Una sub ametralladora se mostraba dentro de su estuche, algunas granadas de mano y en un extremo estaba lo que buscaba. Por un momento recordé cómo desarmaba el armamento para sacarlo del regimiento, después lo armaba como un rompecabezas, al asentar la última pieza, sentía como si terminara victorioso un juego.

Un kilo de explosivo C-4<sup>1</sup>, del que usábamos para realizar prácticas en los cerros de Peldehue. Junto, estaba protegido en un sobre especial, casi un kilo de T-4<sup>2</sup>, lo saqué del baúl junto al C-4. Mientras lo depositaba en la mesa, recordé el origen de aquel explosivo, era un recuerdo, sí, lo recordaba como si fuera hoy. Era una porción del explosivo destinado al atentado original que acabaría con la vida de mi general.

- 1- Es una variedad común de explosivo plástico de uso militar. El término 'composición' se usa en inglés para cualquier explosivo estable, y la "composición A" y la "composición B" son otras variantes conocidas. El C-4 es uno de los explosivos después del TNT con más fuerza de los conocidos hasta el momento.
- 2- Es un tipo especial de material explosivo plástico. Es suave y fácilmente maleable, también con las manos, y puede presentar el beneficio añadido de ser utilizable en un rango de temperaturas mayor que los explosivos puros.

Sí... los malditos comunistas iban a volar la comitiva, cuando bajara desde su parcela del Melocotón el año 86. ¿Qué hubiera ocurrido si mi general hubiera muerto?, Obviamente que la historia sería diferente, seguramente esa noche la cantidad de comunistas muertos se habría incrementado bastante. Otro general tomaría su cargo y se instauraría nuevamente el toque de queda, y por un buen tiempo más. Bueno..., la culpa fue de los comunistas que no supieron guardar discreción, la inteligencia militar detectó la entrada de los explosivos y armamentos que fueron enviados desde Cuba. El ejército y los organismos de seguridad, sabían que en Carrizal Bajo se desarrollaría el desembarque. Todo bien hasta ahí, pero no contaban con que los comandos del ejército los estarían esperando. Y ahí se les fue abajo los planes originales, el plan de volar la comitiva. Para eso arrendaron un local a orillas del camino, donde simulaban hornear pan y empanadas, pero era sólo un engaño, una chapa, porque todo lo compraban en el primer local pasado del control policial del camino hacia el Cajón del Maipo. Sí, así también sabían de los cambios de turno de los carabineros, luego, se instalaban a vender los productos a los turistas y a todas las personas que transitaban desde y hacia la cordillera. Mientras, los contratados como hormigas cavaban un túnel que llegaría hasta el centro del camino. Era una buena la idea, con los 100 kilos de T-4 era casi imposible que se salvara alguien de la escolta, después era cosa de bajar del cerro y rematar a los que aún vivían. La resistencia sería nula, los que se hubieran salvado de la onda expansiva, tendrían sus tímpanos reventados, con sus oídos rotos, la posibilidad de ponerse en pie sería prácticamente imposible.

Pero, desafortunadamente para ellos los explosivos no llegaron, y se vieron en la necesidad de echar a correr el plan B. Y es ahí donde se cimienta su fracaso, sí, porque no tenían experiencia en armamento pesado, menos en lanza cohetes, lanzar un Law tiene su técnica, y no cualquier comunista con aires de guerrillero puede hacerlo. Si hasta un militar con poca experiencia hubiera metido el cohete en el auto, como un chuzo en el agua. Por eso, que fracasaron y huyeron como ratas. Aunque mataron a cinco escoltas igual no lograron su objetivo, no contaron con la rápida respuesta de los escoltas, que sacaron el auto de mi general en pocos segundos. A pesar de que su escapada fue arriesgada e ingeniosa, la figura de mi general y sus escoltas salieron fortalecidas. El grueso del país se dio cuenta que fue un ataque cobarde.

## **CAPITULO X**

**D**ejé el cuarto cargando los dos kilos de explosivos y aseguré la puerta nuevamente con el candado. Me instalé en la mesa del comedor, abrí la cortina que daba al patio para iluminar de forma natural. El explosivo plástico es bastante estable y se puede amoldar sin mayores problemas, es como si se manipulara plastilina, o greda. Así que fui expandiéndolo en lonjas de 50 centímetros. Una de T-4 y otra con C-4, luego quité el arnés del cinturón de seguridad y adherí el explosivo asegurándolo con amarras plásticas. Cuando terminaba de amoldar todo el explosivo en el cinturón, Sofía, entraba y exigía su alimento. La observé por un instante ya que su pelaje lo traía en completo desorden. Pensé, en qué seguramente había experimentado algún encuentro sexual. Era fines de julio, estaba dentro de sus meses de apareamiento, pero yo dejaba todo cerrado por las noches, la única posibilidad de hacerlo era durante el día. Le

serví un poco de leche, mientras saciaba la sed le acomodé su pelaje, arqueó el lomo en un claro gesto, que le agradaba aquello. De pronto, dio unos pequeños saltos hasta la puerta del dormitorio de mi hijo. La observé mientras le daba algunos arañazos a la madera, luego dio un par de maullidos, retornó y se instaló en un sillón a observarme, se lamió el pelaje y se enroscó.

Cuando observé el reloj que penduleaba en la pared del living, me di cuenta que el medio día había quedado atrás. Detuve mi trabajo y metí el cinturón dentro de un cajón, aunque el explosivo era bastante estable, no quería que Sofía en algún descuido pusiera sus garras. Desde el enfriador saqué algo de carne para sancochar y luego cocinar. El arroz graneado era lo único que recordaba desde soltero y que me resultaba más o menos bien. Después de comer me tendí en la cama, mientras observaba una tabla del cielo me pregunté, ¿Por qué Helena no se comunicaba con nuestro hijo?, el problema era conmigo, él, estaba al margen. Tal vez pensaba que yo pudiera seguirla si mi hijo me informaba su paradero, podría ser. O, quizás, realmente se había ido con un amante y se avergonzaba por ello. También podría pensar que si averiguaba el verdadero motivo, podría cobrar venganza. Tal vez, por eso decidió borrarse, para no dejar rastros. Conociéndome, sabía muy bien que soy capaz de darle un tiro a cada uno, para luego volarme los sesos. También tiene el conocimiento, de que yo no soportaría ir a la cárcel, antes, prefiero morir.

Traté de blanquear la mente, ya que aquellos pensamientos perdían sentido, ahora sólo debía avocarme a la decisión que había tomado. Todo lo que ocurriera a mí alrededor de aquí en adelante, debía de tomarlo de forma

superficial y no darle mayor importancia. Para mí, las cartas ya estaban tiradas y mi futuro acababa de hipotecarse. Me acomodé y llamé a Sofía, pero no apareció, pensé que había salido por la ventana del comedor que permanecía abierta, quizás, estaría en el techo esparciendo su lujuria a rabo parado atrayendo a su amante. Un mal augurio me sacudió por un momento, pero decidí dormir sin escudo, sin mi protectora.

Los gritos desgarradores de un detenido me quitaron el sueño de cuajo, los espasmos me sacudían el pecho, nuevamente aquellos fantasmas se hacían presente. Aquellas almas que al parecer no lograban descansar en paz, fustigaban mis sueños como campanadas sin fin. Mi cráneo sangraba por dentro y no podía detener el flujo de sangre, era como si tuviera miles de perforaciones que cruzaban mi cabeza. Fui hasta el baño y realicé el mismo ritual de siempre, consumía la cabeza hasta que me faltaba el oxígeno. Pensé en mi Luger que descansaba bajo la almohada, sabía que estaba allí, Helena era la única que la guardaba, pero ahora no podía darme un tiro. Primero debía cumplir mi promesa, sí, la promesa de *“matar a la perra, para cortar la leva”*. Por un momento aquello me sonó como un poema, un poema de algún poeta ruso, comunista, bueno, casi todos los poetas son comunistas, o, dicen serlo. Hablan de la simpleza de las cosas, buscando las metáforas para cargarlas en sus versos, que a veces ni ellos entienden. Eso de vivir la vida sin ambiciones materiales, manteniendo sus barbas sucias impregnadas en nicotina. Mientras dejan la inmaculada estela del fracaso a cada paso, al compás de un llanto de tripas hambrientas que remese a cualquiera. A mi mujer le gusta Neruda, que también era comunista, pero de

los comunistas inteligentes, de aquellos que vivían bien, que tenían empleados, casa en la playa y escribía versos que generaban dividendos. A mí, nunca me gustó la poesía, me gustan más las historias de guerra, también las novelas del lejano Oeste, aquellas de Marcial Lafuente Estefanía.

Lentamente mi cabeza comenzó a volver a la normalidad, el dolor desapareció hasta convertirse en una exigua molestia. Sofía, entró rauda por la ventana y me observó como si pidiera perdón, por no haber estado allí para detener a los malditos fantasmas. En su lomo todavía quedaba algo de baba del gato que la había mancillado, el resto del pelaje mostraba un desorden total, lucía un estado paupérrimo. Le serví su alimento y leche, con un trapo limpié su pelaje y luego lo amoldé con suaves caricias, ella, comía con ganas, como si no lo hubiera hecho durante varios días. Al cerrar la ventana observé que el cielo lentamente comenzaba a acumular nubes y se cerraba amenazante. Era igual que miles de ovejas que entraban ordenadamente al corral y se acomodaban hasta copar todo el recinto. Auguré que con la rapidez que se apiñaban, la lluvia no tardaría en llegar, así que ordené la bajilla y me retiré al dormitorio. Me desvestí y retomé la lectura, la violación de la hija lesbiana del protagonista del libro de Coetzee, me mantuvo en vilo por algunas horas. Él se había salvado de ser quemado vivo, así que la historia de David Lurie me tenía realmente intrigado, tan intrigado, que olvidaba por completo mi propia “*desgracia*”. Sofía ya estaba a mi lado cuando abandoné la lectura y sucumbí al sueño.

Las gotas golpeaban con fuerza la techumbre, cuando me restregaba los ojos y me quitaba el resto de

sueño. Me levanté de inmediato a darme una ducha, debía comprar un interruptor tipo timbre para obtener el comando que activara el detonador. Salí de la casa bajo una lluvia intermitente que mojaba poco, a veces casi nada. Saqué el Toyota y me dirigí hasta el Home Center, ese día domingo las puertas se habrían a las ocho y treinta, así que aún algunos vendedores no ocupaban su lugar y me vi en la obligación de buscar el interruptor adecuado. Con la buena suerte, no tardé mucho en ubicarlo, también llevé un par de metros de cable y huincha adhesiva. Con todo eso llegué hasta las cajas, dos señoras de pelo prolijamente lacado y su rostro encremado esperaban su turno. Observé sus rostros, que trataban en vano de ocultar con aquellas cremas las grietas que delataban su edad. Sus manos alhajadas se contrajeron tras mío, cuando le di un rotundo “No”, a la muchacha que estaba tras la caja, y que acababa de preguntarme si deseaba donar cien pesos al Hogar de Cristo. Luego de resistir la mirada lacerante de las veteranas mientras cancelaba, dejé el local e inicié el regreso a casa.

Soldé la pila en ambos extremos haciendo un circuito en serie con los cables, luego, lo interrumpí con el pulsador. Con una precisión envidiable uní los cables con el detonador, con el ego por las nubes pude comprobar que a pesar de los años mantenía el pulso intacto. Recordé los años que me mantuve como el francotirador mejor evaluado dentro de los comandos del ejército. Desde aquel día, en que mi capitán me arrebató el fusil para atravesarle el cráneo al fugitivo, no me detuve con las prácticas diarias. Dos años después dejé los comandos como el mejor, para unirme a un grupo de elite de inteligencia militar. Se infló mi pecho, al traer aquellos recuerdos que hacían sentirme orgulloso y



digno. Sobre todo digno. También me capacité en el manejo de explosivos y dominaba a cabalidad esa área, podría decirse que soy un experto, pensaba. Pasado el medio día quedó todo terminado y listo para ejecutar mi plan. Estaba todo preparado para dejar este puto y corrompido mundo, ya no tenía cabida en esta tierra llena de políticos vanidosos y corruptos. Que estaban llevando al país en línea recta al caos total, y que irremediablemente desencadenaría en una guerra civil. Por eso que debía quebrarle la mano al destino, por eso que tenía que hacer lo mismo que hizo mi general. Lo que haría cualquier patriota. Sí, eso mismo. *“Matar a la perra para que se corte la leva.”*

## **CAPITULO XI**

**M**i peso se mantenía rigurosamente igual con el paso de los años, la camisa blanca destacaba perfecta en el terno azul oscuro. La corbata negra de pronto se alborotaba con la brisa que jugueteaba por entre los edificios que circundaban la Plaza de Armas, cuando caminaba hacia la Escuela de Infantería. Mis zapatos de charol, a pesar de los años y el trajín, se mantenían perfectos. Faltaban diez minutos para las nueve de la mañana, cuando el guardia me conducía hasta las oficinas del regimiento. La secretaria que tecleaba su computadora, me pidió que tomara asiento mientras le comunicaba al comandante de mi llegada. Ella tenía el rango de cabo, los jalones que destacaban en su blusa daban cuenta de aquello. Su pelo se tensaba drásticamente hacia atrás donde un moño lo retorció férreamente, parecía que sus ojos se achinaban incitados por la tensión del cabello. Se paseó un par de veces frente a mí, ordenando algunas carpetas y no se inmutaba con mi presencia. Me imaginé al comandante, observándole el culo

mientras dejaba su escritorio, tal vez la acosaba, o quizás era su amante. Recordé por un momento a mi amante del banco, cuando se paseaba por las oficinas dejándose ver, presumiendo de su cuerpo, ofreciendo algo que en realidad era mío..., bueno, también de su marido, pensé. Justo a las nueve me pidió que pasara, que el comandante me estaba esperando —Dijo—.

Me cuadré y golpeé los tacos frente a su escritorio, sentí una profunda emoción en aquel momento, fue como revivir muchos de mis mejores años. Él hizo lo mismo, luego me estrecho su mano cordialmente. Después de charlar sobre a que me había dedicado en el mundo civil, me preguntó sobre el motivo de mi visita. Le comenté el caso de mi compañero de labores Rubén González.

—Sabe mi comandante, este joven tiene una envidiable vocación militar. Quedó destrozado cuando fue eximido por un problema médico, que a mi parecer, es algo menor.

—¿Cuál fue el problema? —Preguntó el comandante arqueando las cejas.

—Le detectaron una pierna algo más corta, nada palpable a simple vista, ni yo me percaté durante las rondas, francamente mi comandante, creo que el muchacho todavía no supera lo ocurrido, porque es un joven hecho para llevar uniforme. —El comandante Roberto Thompson guardó silencio algunos segundos mientras cruzaba sus manos.

—Sabe teniente Molina..., no soy asiduo a estas cosas, pero creo que por tratarse de usted, que fue un servidor leal a mi general Pinochet en los tiempos difíciles,

estoy dispuesto a hacer una excepción con el muchacho. Más, si usted lo recomienda de tan buena manera, necesitamos gente con esas aptitudes en nuestras filas. — Mientras hablaba, sus ojos claros se mantenían francos sobre mi rostro, su mano izquierda acodada sobre el escritorio, recorría el pequeño bigote con márgenes rasurados a la perfección.

—Le agradezco profundamente mi comandante el haber acogido mi requerimiento, estoy seguro que no defraudaré su confianza. —El comandante se levantó, me extendió su mano, y me deseó suerte. También dijo, que sus puertas estarían siempre abiertas para personas como yo. Luego, golpeé nuevamente mis tacos y abandoné su despacho.

Una estricta sonrisa me dio la chica de ojos tirantes cuando me despedí de ella. Afuera el viento se mantenía intrépido y me obligó a sujetar la corbata, que por instantes se agitaba sin control. Caminé por la calle Freire hasta la Plaza de Armas, la mañana de ese lunes 25 de julio 2011 se mostraba activa, los buses articulados del Tran-Santiago tomaban pasajeros frente a la gobernación. La entrada principal del edificio gubernamental, parecía un verdadero camino de hormigas, con gente que circulaba en ambos sentidos, con su vista al frente sin inmutarse por nada, como si el trámite tuviera un camino ceñido, y su tiempo fríamente programado.

Luego busqué la avenida J. Pérez, y abordé un colectivo que me dejó a un par de cuadras de mi casa. Al abrir la puerta Sofía maulló airada, y se instaló frente a la ventana con su cola recta como un agujijón dispuesto a

atacar. Por su actitud deduje que tenía plantado en el techo a su amante y debía salir urgente a su encuentro, ya que ni el desayuno la detuvo. Después de observar cómo Sofía se encumbraba hacía la techumbre, me dispuse a preparar algo de comer. Por un momento sentí la grata satisfacción de haber aportado algo, para reparar el sueño roto de Rubén González, era como si a un niño se le hubiera roto un juguete y llorara en forma desconsolada. Me sentía como un artesano, que con sus manos expertas resarcían aquel sueño que le había truncado la vida.

Después de comer me tendí en la cama con ganas de dormir, no esperé a Sofía. De seguro iba a tardar, seguramente tendría que pagar por el plantón que su amante debió soportar paseándose por el techo, olfateando el olor a hembra que le revuelve las hormonas. Le clavaría sus colmillos en la nuca con rabia, las uñas aflorarían con intensidad, con furia, como un amante celoso que se siente engañado. Pobre Sofía, pensé.

¿Qué más tengo pendiente?, nada, ¿qué podría tener pendiente un milico con la mente atrofiada?, un milico engañado, cornudo, que no es capaz de enfrentar un papel, un maldito papel que posiblemente puede cambiar mi vida. Un maldito milico condenado a dormir de por vida con una gata, una gata que le hipoteca sus siete vidas a mi conciencia. Aquella que martilla mi cabeza cada noche buscando venganza, y que a veces me enceguece, hasta el punto de no saber, si son hechos reales, o parte de la imaginación. No saber a ciencia cierta, si pertenezco a este mundo o a otro, es lo más cruel que me ha pasado.

Tal vez después de todo soy un cobarde, sí..., y por eso quiero borrarle para evadir mi propia conciencia, y no asumir mi fracaso. Por no aprender a vivir sin uniforme, como un civil cualquiera, por no aceptar que la familia está fuera de los márgenes de un regimiento, que las órdenes y la disciplina no se pueden aplicar con el mismo rigor a tu familia... Soy uno de los pocos que llevan la imagen de mi general pendiendo del llavero, orgulloso de él, es un patriota, no un asesino como algunos vociferan, él mató por la patria, al igual que yo. Él cambió el destino de este país, o si no, seríamos un satélite ruso, lleno de cubanos fumando habanos, ¡eso seríamos! Aceptando los berrinches de Fidel Castro y toda esa retrógrada utopía socialista. No tendríamos los avances que hoy tenemos, la ambición la tendríamos cercenada al igual que las bolas de un buey, sin posibilidad de desarrollarnos económicamente..., pero nadie lo agradece, la historia lo juzgará como se merece, como un salvador de este país, ¡sí señor!, así será. Él, murió de viejo y nadie logró condenarlo por delito alguno, su imagen y su obra ante el mundo está intacta.

Cambiaré el destino de este país, al igual que lo hizo mi general, me inmolaré junto al traidor y quedará en la historia como el salvador de un país que iba derecho a la guerra civil. Ernesto Molina Lafuente, quedará en la memoria colectiva del mundo, al igual que Lee Harvey Oswald, que mató a Kennedy, o, Mehmet Ali Agca, el turco que intentó matar al Papa. Tampoco Helena se salvará, donde quiera que esté, no podrá librarse de mi estigma, que la seguirá hasta el día que muera y de generación en generación. Ese será su castigo.

Di un salto y abrí los ojos, un martillo de aire trataba de rasgar mi pecho para abrirle paso al corazón que quería escapar de la jaula que imponían mis costillas. Me incorporé con la agilidad de un felino, pensé que si no me levantaba el corazón me saldría por la boca. Era la imagen de mi colega cuando trabajé en el banco, ¿por qué me perseguía su fantasma?, si él me había traicionado. Yo le había advertido lo que pasaría si me delatada, él se lo buscó por traidor, ¿no tiene ningún derecho a molestarme en mis sueños! Corrí hasta el baño para meterme bajo la ducha fría, sentí que el agua al bajar por mi cuerpo se iba evaporando y se convertía en un vaho agrio, ácido, que me descomponía el intestino. No sé cuánto tiempo permanecí allí, creo que detuve el agua cuando sentí frío, cuando se me helaron la cabeza y los pies.

## **CAPITULO XII**

**L**legué al Mall algo más temprano que de costumbre, el supervisor me comunicó que a contar de la próxima semana asumiría el turno de día y quedaría a cargo del grupo, y que Rubén González tomaría el mando por la noche.

—Hizo usted un buen trabajo con ese joven señor Molina —dijo el supervisor mientras me extendía su mano.

Luego apareció Rubén y le mencionó la nueva noticia, su pecho se infló y sus ojos brillaron como una luz incandescente.

En ese momento pensé que todos los planes del supervisor tendrían un vuelco importante. Era seguro que Rubén dentro de algunos días recibiría el llamado de la Escuela de Infantería, y yo, que tenía mi destino empeñado. Pronto, tendría dos bajas importantes dentro del grupo de trabajo. Sin duda que a mí supervisor se le venía encima una



dura semana y tendría que hacer enroques con rapidez, para salvar las contingencias. Una pena, ya que el hombre tenía buen trato y hacia las cosas bien, pero las cosas que venían eran por un bien mayor, pensé para mis adentros.

Se cerraron las puertas y quedamos con Rubén en la sala de control, con un sentimiento de conformidad que se impregnaba en el ambiente. De sólo mirar el rostro del muchacho, me alentaba el ánimo como no sentía desde mucho tiempo, y estaba seguro, que esto no sería nada comparado con la noticia de que ingresaría al ejército.

—Sabes Rubén, estoy muy orgulloso de ti, de tu desempeño y también de cómo eres, has asumido este trabajo con tal integridad y dignidad, que me he visto sorprendido. Creo ciegamente que el mundo da revanchas, porque sencillamente da vueltas y por el simple equilibrio de la naturaleza llegará la tuya. Y cuando llegue, debes tomarla con inteligencia, madurez, asumirla como algo que mereces, para demostrarles a todos que la decisión que tomaron fue la correcta. Que tú eras la persona que hacía falta, me entiendes...

»El orgullo que un chileno siente al saber que las tácticas que utilizaron nuestros aborígenes durante la Guerra de Arauco, que aún son utilizadas para enseñarlas en las Academias de Guerra en Europa, es indescriptible. Chile, ostenta el record mundial con la guerra más larga de la historia. Sí..., la Guerra de Arauco duró 300 años, y que aún hoy nuestros aborígenes siguen peleando. La técnica que utilizó el Toqui Lautaro es reconocida en todo el mundo. Sabías que Lautaro se infiltró entre los españoles para aprender de su mejor arma, los caballos. Sí, los caballos

eran el arma más letal de los españoles y los indios les temían como a un Dios, o como algo divino. Lautaro fue el sirviente de Pedro de Valdivia, le atendía a su caballo, lo alimentaba, lo limpiaba, aprendió a conocerlo, saber donde estaban sus debilidades y fortalezas, buscar su punto más vulnerable. Supo que le temían a las ciénagas, llevándolo hasta allí, era fácil derribar al jinete y matar el animal. Que luego su carne servía para alimentar a su gente, fue él quien derribó el mito que su pueblo tenía sobre ese animal, y que hasta entonces, no existía en estos parajes.

»Cuando Lautaro huyó de los Españoles para iniciar la resistencia indígena, ¿Sabes lo que hizo Rubén? Degolló al caballo que por años él cuidó, al caballo que más apreciaba Valdivia, al caballo que mejor se portaba durante las batallas. Cuando atraparon a Pedro de Valdivia en la batalla de Tucapel, lo derribaron en una ciénaga, por la noche celebraron comiéndose su caballo, mientras a él, le sacaban el corazón con el filo de una concha. Los guerreros se comieron su corazón, porque pensaban que así obtendrían su fuerza, y podrían mirar a través de los ojos de su enemigo.

»Estoy seguro que algún día también te enseñaran que en la región andina peruana, existió uno de los pueblos más guerreros de América Latina. Construyeron verdaderas fortalezas en lo alto de la Cordillera de los Andes, era un terreno casi inexpugnable. Al pueblo Chachapoyas, le llamaban los Guerreros de las Nubes, porque las nubes cubrían generalmente su territorio. Ni los Incas pudieron vencerlos, ¿Sabes quién los exterminó?... La llegada de los españoles, sí, y no fue en combates, los exterminaron sus bichos, sí..., sus malditas enfermedades que acarrearán

desde Europa, con toda esa mierda acabaron con aquel pueblo guerrero. Actualmente en los estudios que se han realizado a sus ruinas, descubrieron que enterraban a sus muertos dentro de sus viviendas, en las paredes encontraron huesos humanos. Creo que pensaban algo similar a la cultura China, creían que manteniendo los huesos de sus guerreros, sus espíritus estarían allí para protegerlos del ataque enemigo—. Rubén escuchaba con tal atención, que pensé que mis ojos estaban proyectando una película.

—¿Don Ernesto, en el ejército aprendió todo esto?

—Sí, y creo que tú algún día también lo aprenderás en profundidad..., estoy seguro de eso. —Poco después me arrepentí de haberlo dicho, porque desperté nuevamente su curiosidad.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—No sé, se me ocurrió de pronto.

—Bueno, voy a realizar la primera ronda —me levanté y salí de la sala, Rubén arqueó las cejas como si algo le hubiera quedado dando vueltas en la cabeza.

El primer piso estaba como siempre, el aseo impecable y todo rigurosamente ordenado, al parecer la señora Elvira y Natalia se encontraban en el segundo nivel, pensé. Subí las escaleras y no me detuve en el segundo nivel, decidí ir directamente hasta el espejo, de pronto me bajó un coraje que me calentó el ánimo. Lo enfrenté seco, sin remordimiento, como queriéndole demostrar que el miedo no existía en mí, que lo había desterrado hacía mucho. Mi rostro estaba sereno, lo decía el cristal que me

reflejaba. Un camión militar dejaba el regimiento, para buscar entre los cerros una fosa que apilaba los restos de los detenidos, que no habían tenido suerte. Se habían cruzado con un mal día de mi capitán, después de cubrir los cadáveres, debíamos lavar el vehículo y la sala de tortura. Eso era más chocante que quitarle la vida a un hombre, porque el hedor se impregnaba en la piel, se metía en los pulmones y circulaba por las tripas. Era realmente asfixiante y deplorable, era la tarea que más aborrecía. Me alejé del espejo y salí en dirección hacia el baño, realmente aquellos recuerdos me descomponían el estómago. Mientras me humedecía la cabeza, me consolé pensando que ya quedaba poco, en un par de días todo habría terminado.

Di los tres lumazos a la puerta para que Rubén abriera, luego entré y me acomodé frente a las pantallas, Rubén, de inmediato se calzó la gorra y salió a dar su ronda. Comencé a ojear el periódico, las noticias de siempre, protestas, desmanes, y toda esa basura, de la ya estaba arto. De pronto, me detuve en una noticia que me interesó de sobre medida, el día cinco de agosto los mineros de Copiapó, realizarían un acto para conmemorar un año de la tragedia minera, que los mantuvo sepultados durante 69 días bajo la mina San José en Copiapó.

—Ahí está —pensé en voz alta.

Ese podría ser el día para realizar mi cometido, es un acto público y podría fácilmente eludir la guardia personal. Sería cosa de mezclarme entre los asistentes y abordarlo en el momento preciso. Eso es pasado mañana, perfecto, pensé. Por la mañana cuando entreguemos el turno, le avisaré al supervisor que no vendré por la noche. Así podré tomar un

bus y viajar a Copiapó, dormiré durante el viaje y por la mañana lo estaré esperando. Y san se acabó. Estaba pensando en los pasos a seguir, cuando los tres lumazos me sacaron de cuajo de mis pensamientos. Entró Rubén y se sentó a mi lado, tomó la bitácora y comenzó a cerrar el turno con las novedades. A las ocho en punto entró el supervisor con el resto de los guardias que asumirían el turno diario. Me acerqué al jefe, le comenté que tenía un familiar un poco delicado de salud y, que debía visitarlo, antes que dejara este mundo. No puso ninguna objeción a mi petitorio y le agradecí por eso.

### **CAPITULO XIII**

**A**l abrir la puerta de la casa me percaté, de que la ventana del living había quedado abierta. Sofía estaba encogida sobre el sillón con su pelaje hecho un desastre, me senté a su lado y la contemplé por largos minutos. Tras la nuca la saliva de su amante aún no secaba, su pelaje estaba realmente hecho jirones. Tomé un trapo y comencé a limpiar las secreciones, de vez en cuando daba algunos maullidos de dolor. La tomé en mis brazos y la acaricié como a un bebe falto de cariño. Pensé en el maldito gato que abusaba de mi Sofía, ¿Qué derecho tenía de dejarla en ese estado?, no era justo, —maldito cabrón— dije con rabia.

La tomé, la recosté en mi cama y la cubrí, ella me miró con su opalescencia algo deslucida. Salí de la pieza y busqué la puerta hacia el patio, me encumbré en un banco para tener una buena vista hacia los techos. Ahí estaba el canalla, restregándose y lamiéndose la verga al sol, como si limpiara un trofeo de guerra, como si limpiara su espada

después de un combate donde había salido victorioso. Me observó desafiante, su gran cabeza jugaba como si su cuello fuera un fuelle desgastado. Saqué mi Luger y pasé una bala a la recámara, esperé que se levantara, debía darle una opción. Lamentablemente para él, la bala fue más rápida y sus sesos estallaron, su cuerpo quedó en algún patio fundiéndose al sol. —El plomo hizo justicia maldito cabrón — solté.

Entré en la casa y me dispuse a dormir, el día se venía agitado y debía tener la mente despejada, concentrada en lo que tenía planeado. Sofía, como siempre hizo su trabajo de mantener lejos a los fantasmas que me visitaban.

Mi sueño había sido reparador. Me levanté y alimenté a mi viuda compañera, el tictaqueo del reloj mostraba las 14 horas y el sol dejaba ver su carácter por entre los visillos del ventanal. Freí algunas presas de pollo para servirme antes de salir y también algunas para llevar, el viaje sería largo y la noche sobre un bus podría tornarse tediosa. Mi mente estaba en completa calma, no había ni un ápice de ansiedad tomando en cuenta lo que se venía encima. Era raro, pero estaba en completa paz. Luego de tomarme algunos minutos en reposo sentado en el sofá, pensé fríamente algunos dichos, acto seguido, instalé la cámara de filmar. Después de darle arranque en modo automático, grabé una escueta declaración, para dar a conocer los motivos que tuve para cambiar el curso de la historia, de un país en crisis con falta de mano dura para gobernar.

*Estimados ciudadanos, no les quepa la menor duda que soy un nacionalista y patriota hasta mis huesos. Mi*

*patria está por sobre todas las cosas, al igual como pensaba mi general Pinochet. Y estoy seguro que estaría orgulloso de mí, y de mi decisión de darle un vuelco al destino de mi país. Un país, que lamentablemente el traidor no ha sabido conducir, en estos momentos vamos cuesta abajo por un precipicio sin fondo, sin control y totalmente ingobernable. Que irremediablemente no se vislumbra otro destino que la guerra civil. Es por eso, que hoy sacrificaré mi vida por el bien de mi pueblo, y de toda la gente que sufre el descalabro económico inducido por la clase política. Mi general hizo lo mismo hace 38 años, salvó al país del marxismo y la crisis económica. Hoy, no veo a ningún militar con los huevos suficientes para afrontar este desafío.*

*Sé que la historia hará justicia, es por eso que no pido perdón, nací para servir a mi país, y moriré por él.*

**POR ESO HOY MATARÉ A LA PERRA PARA QUE SE ACABE LA LEVA.**

*Palabras de mi general... VIVA CHILE.*

Saqué el cassette y lo dejé sobre la mesa, después puse el cinturón con los explosivos dentro de una mochila. Y en una bolsa aparte, metí algunos sándwich y una gaseosa, en un bolsillo exterior acomodé el libro de Coetzee y me apresté a dejar la casa. Antes de salir, llené varios potes con alimento y leche para que a Sofía no le faltara nada, al menos por algunos días. Dejé la ventana del living algunos centímetros abierta, para que la gata pudiera salir en caso que se acabara su alimento. Le acaricié el pelaje por



algunos segundos y dejé la casa, no puse llave, solamente la cerré.

Justo a la media noche el Tur Bus dejaba el terminal con destino a Copiapó. Cuando me acomodaba en el asiento, una mujer joven se sentó a mi lado, la ignoré por un momento abriendo un poco la cortina fugando mi vista. Su rostro lucía interesantes facciones, cuando acomodaba su bolso en la maletera observé el contorno de sus *jeans* que se ajustaban a la piel con severidad. Su pelo era muy dócil, bastante dócil diría yo, ni largo ni corto, lo llevaba libre, inquieto, como un volantín encumbrado en la brisa costera. En ese momento, calculé que no cargaba más de 26 años en el cuerpo. Una sonrisa fue su saludo, le respondí de igual forma, luego abrí el libro y traté de concentrarme en la lectura. El rabo de mi ojo detectó que la muchacha trataba de leer el título del libro, lo giré en dirección a sus ojos negros que brillaban de una manera tal, que lograba reflejarme en ellos. Cuando comprobé que sació su curiosidad, le di nuevamente una sonrisa, ella la correspondió.

—Buen libro —dijo, casi con un susurro.

—¿Lo leíste?, pero no me cuentes el final.

—Sí, es bastante bueno, aunque hay cosas que no me gustaron —comentó

—¿La violación? —pregunté.

—Sí, más o menos, es algo cruda esa parte, en realidad esa parte no me gustó.

De ahí en adelante mantuvimos una conversación distendida, me contó que también viajaba a Copiapó a cubrir algunas notas por la visita de Piñera. Que trabajaba ocasionalmente para un matutino de la capital, y que pronto, esperaba dar un salto a un medio de televisión. El trabajo en la TV era más estable y otorgaba buena reputación, había estudiado periodismo en la Usach y eso le daba buen respaldo, comentó. Cuando me interrogó por mi vida, le comenté que venía a saludar a un amigo y que de paso asistiría al acto de los mineros. Era un militar retirado y que actualmente vivía solo, mi trabajo actual no era malo ni bueno, pero me mantenía alerta. Ella me confidenció que mantenía una relación con un muchacho que trabajaba en una empresa minera, sumado a su inestable trabajo de periodista, la relación se había tornado bastante tormentosa y hasta a veces insoportable.

Sin duda la muchacha que dijo llamarse Samanta, tenía la cabeza llena de sueños y ambiciones. La vitalidad le fluía por los ojos, como un torrente de agua que caía por una cascada. No había duda, era una mujer que triunfaría en la vida, y lograría sus objetivos a cabalidad, por su ímpetu estuve seguro de aquello.

A eso de las dos de la madrugada tratamos de buscar el sueño, la mañana se vendría agitada y había que estar descansado para afrontarla. Traté de blanquear mi mente antes de dormirme, no quería que se diera cuenta que mis sueños algo ocultaban.

Algunos minutos faltaban para las ocho de la mañana del día cinco de agosto del 2011, cuando el auxiliar me remeció para ofrecerme una caja con algo para

desayunar. Al abrir un poco la cortina, pude observar el sol que derramaba su luz por entre los cerros desérticos buscando el valle. Samanta, me observó risueña mientras acomodaba su asiento, cierta picardía observé en sus ojos. Le pregunté el por qué de aquella risa, que me causaba algo de curiosidad. Me comentó que me había observado mientras dormitaba, y que estuvo a punto de despertarme, que parecía que me atormentaba una pesadilla sin fin, y que sintió que realmente estaba sufriendo. No dije nada, sólo asentí con la cabeza y traté de no darle más vueltas al asunto. Ella, por suerte no insistió más en ello. Luego, encendió su *notebook* y me mostró numerosas fotografías que había tomado durante las marchas estudiantiles en plena Alameda. Algunas se mostraban bastante atractivas, sobre todo, aquellas que reflejaban los disturbios y los enfrentamientos con carabineros.

A las ocho en punto el bus se estacionaba en el terminal de la ciudad, al bajar, se despidió con un beso en la mejilla, y dijo, que había sido un placer haber viajado junto a mí. Yo le respondí de igual manera, luego tomé cualquier calle tratando de alejarme de ella lo antes posible, si después de mi cometido alguien lograra identificarme, ella podría tener problemas. Y ponerla en aprietos, no estaba en mis planes. Cualquier hombre estaría feliz de estar junto a ella, era una mujer simpática, jocosa, llena de metas y ambiciones, pensaba mientras caminaba sin rumbo por una indeterminada calle de Copiapó.

## **CAPITULO XIV**

**B**usqué un restaurante en una calle céntrica, pedí un café y me acomodé en una pequeña mesa de un rincón apartado, tratando de pasar desapercibido ante los ojos de los comensales. La gran mayoría se notaba que era gente común y corriente que esperaba la hora para ir a su trabajo, otros, se mostraban con una resaca evidente de una borrachera nocturna. Una negra nalguda de nariz chata y cintura de avispa, probablemente ecuatoriana o colombiana, atendía las mesas con bastante ajeteo. Recorría el lugar pendiente de la clientela, que a esa hora de la mañana exigía urgencia. Mi reloj marcaba las nueve de la mañana, cuando me levanté y fui hasta el baño. Estaba asqueroso y repugnante, al parecer la negra era la única que se había presentado a trabajar y no habían alcanzado a realizar aseo. Colgué la mochila soportando el hedor endemoniado del ambiente y saqué el cinturón con los explosivos minuciosamente amoldados. Lo ajusté a mi cintura y acomodé el pulsador dentro del bolsillo de mi pantalón.

Luego, cerré el cierre de la casaca y dejé la putrefacción del baño. Pasé por la caja, pagué la cuenta y antes de salir, le mostré mil pesos a la negra que corría al final del local. Dio un par de zancadas como una gacela tras su alimento, tomó el billete, me agradeció mostrándome sus dientes albos, tan blancos y brillantes como loza nueva. Luego giró sobre sus pasos y retomó sus labores.

Un taxi colectivo me llevó hasta las inmediaciones del santuario, lugar elegido para la realización del evento. Pasé sin problemas por las barreras que protegían el perímetro donde se efectuaría el acto. Me bastaba sólo con cuadrarme antes los Carabineros y el paso estaba libre. Pueden pasar años, se puede dejar el uniforme, pero el militar lleva siempre consigo su estampa, su marcialidad y hasta su olor lo distingue. Y, eso se palpa en el aire, en su aura.

Me fusioné entre los asistentes que concurrieron hasta el Santuario de Nuestra Señora de la Candelaria, lugar preciso donde se realizaría el acto. La prensa se agrupaba en el extremo opuesto, un poco alejado del público, tratando de tomar la mejor posición para inmortalizar las mejores imágenes. Pensé por un momento, que hoy algunas fotografías pasarían a la historia y darían la vuelta al mundo. Era posible que mi cabeza la encontraran intacta, a varios metros del lugar, generalmente eso le ocurre a los que se inmolan. También es probable que la fotografía de mi cabeza recorra el mundo, sería un hito dentro de algunos documentales en el *History Channel*, pensé.

Cuando asomó Piñera acompañado de su esposa, la droga adrenalínica comenzó a fluir espontanea. Mi corazón

aumentó su ritmo considerablemente y sentía sus golpes que danzaban en mis sienes como tambores africanos. Mientras en el escenario, los mineros agradecían y también pedían mejoras laborales para el sector minero, apuntando los dardos hacia el ministro de minería. El traidor, se comprometía con algunas reformas y agradecía la invitación que le habían cursado a su gobierno. También felicitó a los 33 mineros, por su entereza al cambio que el destino les había otorgado, y que la gran mayoría lo había asumido de forma positiva.

Mi tiempo se acortaba, mi mano acariciaba de vez en cuando el pulsador dentro de mi bolsillo. Extrañamente experimenté una frialdad casi abismante, mis nervios se tensaron como una barra de acero. Miré a mi alrededor y calculé el daño que provocaría la onda expansiva, cuantos metros abarcaría, no hubo remordimiento alguno en aquel instante, mi mente se concentraba sólo en la figura del traidor, el resto, no tenía rostro, no tenía alma, no había absolutamente nada, era él y yo, el resto, era un desierto profundo y abrumador. Mi cuerpo, mi mente, todo estaba adiestrado para eso, para morir, me dije.

Cuando se dio por terminado el acto, Piñera se dedicó a saludar a la gente que estaba en las primeras filas, efusivo, jocosos, con su imperturbable corbata roja. Ese era el momento me dije y avancé hacia él con paso firme, resuelto, como si ambos destinos estuvieran grabados a fuego. Al estar a un par de metros en línea recta, él me observó, su rostro dibujó una sonrisa liviana, como si yo fuera un familiar que hacía mucho tiempo que no saludaba. Sus escoltas avanzaron dudosos, algo olieron, pero él abrió

sus manos para dejar correr la escena. Me dio un abrazo afectuoso, profundo.

*—Gracias por estar aquí, gracias por acompañar a estos hombres, a este gobierno que lo único que desea es avanzar en paz. Estoy orgulloso que personas como usted respalden este gobierno.* —Mientras esto ocurría, mantenía su mano estrechada con la mía.

En el preciso momento en que busqué el pulsador para borrar, mi vista se clavó en el grupo de periodistas que tomaba imágenes de todo lo que ocurría. Con espanto, observé el rostro de Samanta, que sobresalía del grupo con su potente cámara fotográfica barriando la escena. Mientras obturaba su máquina, me hacía gestos para que observara su lente enmarcándome como su estrella principal. Aquel rostro en fracción de segundos me doblegó, y mi alma endurecida como el hierro que cargaba, sucumbió a su encanto. Recordé sus planes, su objetivo profesional y toda su alegría de vivir, que la empapaba como una densa niebla. Piñera continuó hablando por algunos segundos, pero no le presté mayor atención, era como un robot que en ese instante sólo recibía las órdenes de Samanta.

Piñera se despidió con un abrazo y me invitó a que lo visitara en el Palacio de la Moneda cuando deseara. Terminó diciendo.

Me alejé abriéndome paso entre el gentío, dejé el lugar y busqué algún taxi colectivo que me sacara de allí. Mi frustración era inmensa, era como estar al borde de un precipicio sin poder saltar, como si el cuerpo no obedeciera las órdenes de la mente. La angustia que cargaba en ese

momento, era tan fría y profunda que me hacía sudar como una bestia de carga. Descendí en el centro de la ciudad frente de un restaurante, pasé directo al baño y me quité el cinturón. Metí la cabeza bajo el grifo y la mantuve ahí durante algunos segundos, hasta que sentí que la temperatura descendía hasta llegar a mis extremidades. Luego busqué una mesa al azar, ya no tenía la menor importancia donde lo hiciera, todos mis planes se habían ido a la mismísima mierda, me dije mordiéndome la rabia.

Alcé mi mano y una joven bastante agraciada se acercó, le pedí una cerveza bien helada y de cualquier marca —dije—. Necesitaba que algo frío recorriera mis entrañas, necesitaba aplacar el fuego que me quemaba por dentro sulfurándome los sentidos. En dos sorbos la terminé, luego pedí que la repitiera, la chica arqueaba los ojos mientras la traía y la ponía sobre la mesa. Posiblemente la mujer pensó que aquella terrible resaca era por alguna borrachera de la noche anterior. Quién podía pensar que aquello, era el resultado de una estupidez de último minuto, un quebré inesperado, corrompido por la imagen de una mujer que apenas conocía. Una decisión absurda, que ahora me tenía sumido en el peor de mis fracasos. Estaba seguro que aquel vuelco no estaba influenciado por algún tipo de atracción sexual, eso lo tenía claro. No fue más que su chispeante anhelo ante la vida, sus grandes proyectos, su seguridad ante todo. Tal vez, pudo ser la imagen de la hija que nunca tuve y que siempre anhelé, quizás...

También estaba en juego la actitud de Piñera, tampoco había contado con eso. Lo cierto es que algo me descolocó, sus palabras, su forma cálida de hablar. No sé, fue algo que espantó en el último segundo a la hermosa y



empalagosa mujer, que esperaba ansiosa con el juego ganado esperando su trofeo. Se borró de una plumada el camino por donde debía de seguirla, levitando como un penitente, esperando que se despellejara como una víbora, para después, cercenarme la garganta con el acero frío de su hoz.

## **CAPITULO XV**

**M**e acerqué al auxiliar de Pulman Bus que acomodaba las maletas algunos segundos antes de partir.

—Buenas tardes, ¿queda algún asiento libre a Santiago? —el joven sin mirarme, me respondió, mientras el bus runroneaba con el chofer sentado tras el volante.

—Sí, quedan dos en la parte trasera, suba, arriba le cobro el pasaje. —Bajé mi mochila y abordé el bus.

Cuando caminaba buscando el fondo, mi vista se clavó en una mano que se agitaba tras un asiento.

—¡Ernesto!, ¡Ernesto!, por acá hay un asiento. —Sí, era Samanta que agitaba su fina mano, donde sobresalía el color purpura de sus uñas.

Las cosas del destino pensé, ahora debía soportar por ocho horas, aquel rostro que había cortado de cuajo mi

anhelo de morir como un héroe, de quedar grabado en la historia. Aun así, ella se enmarcaba en una inmaculada presencia, que a veces me intimidaba, era como si su aura la protegía de los malos espíritus, y de malos pensamientos. Su impetuosa vitalidad creaba un escudo natural, que la hacía caminar por la vida segura de sí misma. Era esa personalidad, que por momentos, me desconcertaba profundamente.

—¡Me engañaste!, lograste engañarme Ernesto.  
—Samanta buscaba mis ojos con una expresión sarcástica mientras me acomodaba.

—¿Por qué? —Pregunté un poco confuso.

—¿Por qué no me dijiste que Piñera era el amigo que venias a visitar?, y lograste engañarme. —Continuaba mirándome con sus ojos negros que brillaban tanto, que lograban quemar los míos.

—Ja, ja, ja, ja, haaa, era eso..., no es verdad, es la primera vez que estoy con él, lo saludé sólo por un impulso, nada más que eso.

—¡Ernesto!, no sigas mintiendo, vi todo lo que pasó, te observé desde que saliste de tu asiento, y créeme, conozco a Piñera y sé cómo actúa, él te trató de una forma totalmente diferente..., a mí no me engañas. —Su vista poco a poco se fue transformando en una mirada inquisidora.

Para bajar su ansiedad, le prometí que todo lo que le había dicho era absolutamente la verdad, y que hasta yo estaba sorprendido por el comportamiento del presidente.

Pude ver, cómo la luz de la curiosidad que emitían sus ojos, se fue apagando hasta tomar su brillo normal.

—Está bien..., te creo. —Murmuró, luego se relajó, se amoldó en su asiento y guardó silencio por algunos minutos.

Samanta era una mujer con una vitalidad impresionante, preguntaba todo, opinaba de todo, y no paraba de hablar. Lo bueno, era que durante el viaje el tiempo y la distancia pasaron con una rapidez casi imperceptible. Fue cómo entrar en un túnel, y al momento de salir, ya estábamos en Santiago. Ella, en esas ocho horas, me contó de su infancia, de sus padres, hermanos, y sus estudios en la universidad. También abordó los conflictos que mantenía con su novio y, que a veces, le embargaba un deseo irrefrenable de mandar todo a la cresta. Yo por mi parte, le hablé de mis tiempos idos, de mi época de comando en el ejército, las misiones que debí enfrentar, pero siempre, eludiendo todo lo referido a los derechos humanos. No había para qué herir susceptibilidades, no era necesario, y no venía al caso.

Al bajar en el terminal Alameda, Samanta me entregó su tarjeta y me pidió el número de mi teléfono. Dudé en entregárselo, no quería que la vincularan conmigo ante cualquier contingencia, que pudiera acarrearle algún problema. Mi vida no existía, era sólo un cuerpo caminando a la espera de la muerte, que pendía solamente de un simple interruptor. Pero ante la insistencia cedí, y lo apuntó en una libreta. Nos abrazamos por algunos segundos, mi mejilla sintió el calor de sus labios, en ese preciso momento sentí que algo nos unía, lo que haya sido que conectó aquellos

cables, de seguro, por mi parte, no era un deseo sexual. Pero algo dentro de mi cabeza me dijo, que su sombra algún día no muy lejano, me refrescaría.

Me alejé en busca de un taxi, cuando lo abordé le pedí al conductor que saliera hasta la Autopista Central. Si avanzaba rápido lograría llegar a la hora justa para asumir el turno, y lo logramos. Era el último turno de la semana y pensé que debía terminarlo de buena manera. El supervisor salió a mi encuentro cuando ingresaba a la sala de control, después de saludarme, preguntó por el estado de mi amigo, y luego, me deseó un buen turno. Rubén estaba en una esquina, junto a los monitores que mostraban el cierre de las puertas. Me senté y mi cuerpo se relajó, sentí que mis músculos se ablandaron, mis brazos cayeron hacia los costados como si no tuvieran huesos que los sostuvieran.

Rubén, rompió el silencio profundo que por algunos momentos invadió el lugar. Mi cuerpo recuperó el movimiento de golpe, luego giré mi cabeza buscando sus ojos.

—Tengo una buena noticia que darle don Ernesto...  
—Su rostro dibujó una mueca agradable, llena de alegría.

—Dime Rubén ¿de qué se trata? —En ese momento presagié de qué se trataba.

—¡Me llamaron de la Escuela de Infantería!, y me dijeron que habían reevaluado mi postulación, y me aceptaban en sus filas. —Los ojos del muchacho, tomaron un brillo exagerado y su aura se colmó de felicidad.

—La buena noticia me toma por sorpresa —mentí.

—Rubén..., te felicito —luego le estreche mi mano y le di un abrazo.

Después de charlar por algunos minutos sobre su nuevo desafío y explicarle de la mejor manera cómo debía asumirlo, me levanté y fui a realizar la ronda. Dejé la sala y me encaminé de inmediato hacia el tercer nivel, un deseo arrollador me exigió que debía escuchar a mi conciencia. No pude determinar el motivo preciso que me impulsaba a ello, pero tampoco intenté contrarrestar aquel sentimiento. Culpé de ello a la profunda frustración que había sufrido por la mañana, no encontraba otro motivo. Al parecer buscaba en mi conciencia, alguna luz que me guiara ante aquel futuro incierto que ahora cargaba sobre mis hombros. Al enfrentar el espejo, su imagen mostro a un Ernesto Molina, agotado, deslucido, con un rostro que delataba la frustración. Los márgenes del espejo lentamente diluyeron mi imagen, la escena era clara y fresca, mostraba el contexto de lo que había ocurrido durante la mañana. Yo, observaba desde afuera, como un espectador pendiente de una obra de teatro. Era cierto lo que me había dicho Samanta, Pinñera fue muy afable conmigo, más de lo necesario diría yo. Eso posiblemente fue lo que me desconcertó, pensé por un segundo. El flash de la cámara de Samanta, salpicaba una incandescencia bastante superior a las demás, también eso era cierto, no había duda, todo se reflejaba claro, nítido.

De pronto mi vista se clavó en la mano de mi otro yo, el yo, reflejado. No recuerdo haber hecho ese movimiento, era raro, la mano se mantuvo dentro del bolsillo por demasiado tiempo. Mis ojos se resistían a creer lo que aquel espejo reflejaba, la explosión destrozó todo el lugar, la gente se mostraba esparcida, fragmentada en miles

de pedazos. Los heridos trataban de alejarse pidiendo ayuda, amputados de brazos y piernas, sangrantes, los gritos aterradores desgarraban el ambiente. El lugar se había transformado en fracciones de segundo en un campo de batalla. Busqué en el reflejo la imagen de Samanta, pero no pude identificarla, los cuerpos estaban despedazados. Un agudo nudo oprimió mi garganta, ahogando mi voz que luchaba por salir, era realmente desolador y aterrador aquel reflejo. ¿Por qué mi maldita conciencia se empeñaba en castigarme con aquellas imágenes? Si yo sabía que eso no era cierto, que nada de eso había ocurrido. Tal vez se empeñaba en mostrarme la continuación de un destino roto, un destino que estaba escrito sólo en mi conciencia, y no era parte de la realidad.

La imagen avanzó entre los cuerpos mutilados, como si un camarógrafo grabara las escenas de una película. A unos 200 metros de la explosión enfocó mi cabeza que se mostraba intacta, mis ojos aún estaban abiertos, brillantes, como si contemplaran a la distancia el resultado de lo ocurrido.

## **CAPITULO XVI**

**N**o recuerdo bien cómo llegué a la sala de control, lo cierto es que quedé atontado con aquellas imágenes. Imágenes que por cierto no correspondían a la realidad, pero también por momentos dudaba de aquello, eran tan nítidas que lograban desconcertarme.

La mente de Rubén estaba al parecer en otra galaxia, la nueva noticia lo tenía desconectado de todo, y al parecer, no había notado nada raro en mí. Salió a su ronda como si sus pies flotaran y no alcanzaban el piso. Traté de relajarme sentía mis nervios tensos, tanto, como una garrocha suspendiendo a un atleta en el aire. Cerré los ojos y el cansancio no tardó en llegar, no había logrado pegar pestaña durante el viaje desde Copiapó. Era imposible hacerlo con la



voz fresca y chispeante de Samanta, así que sucumbí sin mayor esfuerzo.

El golpe de la luma de Rubén me cortó de cuajo el sueño, del cual, no sé por qué motivo, sólo recordaba el rostro de Samanta. No lograba situarla en alguna escena, para dilucidar su presencia en mi sueño. Sus labios gesticulaban tratando de decirme algo, su expresión se perdía en un abismo profundo y frío, no lograba escuchar su voz muda. Su silueta se alejaba lentamente, desgarrando la impotencia que me generaba aquella imagen.

Rubén al retornar de su ronda, me dio un abrazo lleno de emoción, y me agradeció por todo lo que le había enseñado.

—No había duda que esos conocimientos me serán útiles durante mi aprendizaje en el ejército —dijo.

Luego me pidió disculpas, porque yo debía continuar cubriendo el turno de noche, ya que él debía de presentarse el próximo lunes por la mañana en la Escuela de Infantería. Después de despedirme del muchacho y desearle suerte, entregué el turno y me retiré. Afuera una brisa tibia surcaba las calles llevándose los últimos retazos de las hojas que se resistían a descolgarse de los plátanos orientales que orillaban la avenida. Era como si una madre tratara de destetar a su pequeño crío, pero este se resistía.

Cuando estuve en el living de mi casa, una sensación extraña me recorrió el cuerpo, fue como un escalofrío que me puso la piel de gallina. Un ambiente frío y profundo como la muerte se percibía en aquel lugar, algo pasaba o estaba por pasar, y que no lograba descifrar. Llamé a Sofía

en varias oportunidades, pero esta no apareció, los platos con su alimento estaban medios, y un olor a rancio se mecía en el ambiente. Era como ver y olfatear un charco de agua estancada, sin vida. Salí hasta el patio y observé hacia los techos, pero mi gata no daba señales. Por instinto, entré en mi pieza y busqué mi Luger bajo la almohada, pero esta no estaba. Recorrí la casa con la cabeza envuelta en un manto de intriga. Palpé la manilla de la puerta del dormitorio de mi hijo, pero ésta, estaba asegurada. En ese momento mi mente se fue a cero, fue como un *reset*, y por primera vez fui temeroso, porque no intenté forzarla, sólo la palpé. Me sentí como un maldito cobarde, ante la carta de Helena que aún se mantenía sobre la mesa, y ahora era incapaz de abrir una puerta, que posiblemente, podía llevarme de regreso a la realidad. Con una profunda preocupación me senté en el living, todo estaba turbio y revuelto en mi mente. En ese momento, tomé el teléfono y marqué el número de Samanta, un deseo imperioso de escuchar su voz y saber que realmente se encontraba bien, me invadió. Claramente mi mente en ese momento no distinguía entre la realidad y la imaginación.

—Haló..., Samanta... —Hubo un pequeño silencio del otro lado de la línea, como si trataran de reconocer mi voz.

—Sí... ¿Ernesto, eres tú? —Contestó dudosa, como asimilando el timbre de mi voz.

—Sí, soy yo, quería saber si estabas bien..., eso nada más.

—Que gusto me da oírte Ernesto, ¿pasa algo?

—No, nada... era sólo eso, quería saber cómo estabas, si te encontrabas bien.

—¿Quieres verme Ernesto?, No tengo problemas, si es lo que deseas.

—No..., no, no es una buena idea, en realidad, tal vez más adelante podría ser, por ahora, necesito saber si estás bien, eso nada más.

—Bien, bien, gracias Ernesto por tu preocupación, si necesitas hablar con alguien, no dudes en llamarme.  
—Luego cortó.

Su voz fue como un bálsamo sedoso que cubrió todo mi cuerpo, con una frescura inmaculada, como un pétalo de una flor bañada por el rocío mañanero. Samanta, estaba bien, su voz clara y expresiva me lo había dicho. Suspiré aliviado, me levanté y tomé el cassette que se encontraba sobre la mesa, tal cual como lo había dejado. Lo pisoteé contra el piso hasta que se fragmentó en miles de pedazos, luego lo lancé al tacho de la basura. La mochila con el cinturón con explosivos la guardé dentro del ropero de mi pieza, como esperando atento para actuar, ante cualquier arrebato de mi torcida mente. Poco después, puse el libro de Coetzee sobre el velador, por un momento me tentó, pero me resigné y me apresté a dormir, la puerta de la pieza la dejé entreabierta por si Sofía aparecía.

Me desperecé la vista y acomodé la almohada, era hora del noticiero de las catorce horas. Las noticias mostraban al diputado Girardi en una rueda de prensa, faltó poco para que se desgarrara el pecho pidiendo que los gases lacrimógenos pasaran a ser ilegales, proscritos, por

abortivos y por causar graves daños a las personas, que se exponían a ese tipo de gases. ¡Con razón está tan desprestigiada la clase política! Vociferé... ahora él se colgaba de un médico que había echado a correr la voz sobre aquellos gases. ¡No hay derecho!, pensé en voz alta, cómo es posible que sea tan careraja, estuvo 17 años gobernando la izquierda política, además, él es médico y no dijo ni pio, ¿en qué mundo estaba? ¡Ah!, Bueno..., la culpa la tiene la gente, por no saber por quién vota, por no tener memoria. Pero sin duda son los políticos los que ensucian todo, colgándose de los carros de la victoria que no les pertenecen, buscando pantalla para lograr votos de la gente honesta y limpia. ¡Malditos cabrones!

Camila, la chica del aro coqueto toma la palabra, al parecer, su mal asesor le pide demasiada soberbia en sus dichos, ahora pide respuestas a su petitorio, no quiere la propuesta del gobierno. Sólo respuestas... hum, hum, cualquier persona con un mínimo de inteligencia sabe que el sistema educacional chileno está impuesto desde los tiempos de mi general. Y es imposible cambiarlo de un día para otro. Tiene que ser obligadamente un cambio pausado, saltando meta tras meta. Sólo así se puede lograr un cambio sin traumas, sin romper el sistema. Pero esta chica parece no entender eso, para mí, son los políticos de oposición, los que la están utilizando hasta que se queme en la pantalla. Después esperarán un tropiezo para hacerla leña...

El dirigente de los profesores también se está subiendo al carro de los estudiantes, ¡aprovechador de mierda!, pero la gente ya te funó, y comienzan tus descuentos, pensé. Esta cabra de mierda, pide marchas tras marchas, como si fuera cosa de alzar la mano y ahí está,

¡vamos! ¡No se da cuenta que en los colegios está quedando la cagá! con las famosas tomas. Los cabros están quemando los colegios, y esto es sólo el comienzo, luego viene la reacción en cadena que se arrastrará a todo el país. ¡No se da cuenta que el año escolar está a punto de irse a la cresta! ¡Cómo no se da cuenta de que ya es hora, que se deje de hueviar en las calles, y participe de las negociaciones!

¿Qué pasa con el gobierno? Que no suelta la billetera para detener el ímpetu de estos muchachos, o ¿creen que los estudiantes son tontos? Todo el mundo sabe que todo está privatizado en este país, el cobre está casi todo en compañías privadas. La salud privada crece de forma descontrolada, mientras, la salud pública está como un enfermo terminal. Las universidades privadas pululan por todas partes y para todos los gustos, y las estatales desfallecen sin recursos. Para qué hablar de las autopistas, están todas concesionadas y, ¡de qué sirve!, si tenemos el combustible más caro de toda Latinoamérica. El agua que acaba de pasar a manos privadas, en el más completo silencio de la clase política, se aprovechan del caos que están provocando las marchas estudiantiles, para traspasar este recurso fundamental a una transnacional. ¡Malditos políticos, son todos unos cabrones mal nacidos!

Perece que el destino me tiene programado, parece que mi general, pese a todo, continúa teniendo la razón. Tendré que hacer su voluntad, sí, al parecer no hay otra opción.

¡Tendré que matar a la perra para cortar la leva!

## CAPITULO XVII

El domingo por la mañana la chica dirigente del movimiento estudiantil, había llamado a una marcha por la principal arteria de nuestro país, haciendo oídos sordos a las propuestas que había entregado el gobierno. “*Queremos respuestas que realmente satisfagan a nuestras demandas*”, dijo. Me levanté enrojecido sumido en un ambiente de pesimismo, por todo lo que estaba aconteciendo. Miré la puerta del ropero como si esta fuera transparente, el cinturón estaba ahí, a mi alcance, aquello podía cambiar el destino de un país, ¿qué estoy esperando?, pensé. En un acto que pareció ser espontáneo, me vestí con urgencia y me puse el cinturón cargado de explosivos, salí de la casa a bordo del Toyota Célida, busqué la Autopista Central hacia la Alameda Bernardo O’Higgins. En la calle Santa Rosa estacioné el auto sobre la vereda, y avancé un par de cuadras hacia el norte, hasta que topé con la Alameda. Algunos piquetes de carabineros se ubicaban estratégicamente en las esquinas, esperando el descontrol de los manifestantes para

entrar en acción. Había bastante gente circulando por el lugar, los reporteros de los canales de televisión se apostaban buscando los mejores lugares para dirigir sus cámaras, esperando el paso de la marcha. Hasta ese momento, todo estaba tranquilo, y la avenida se mostraba sin vehículos, vacía, inerte, sin el tráfico que la caracterizaba.

Después de algunos minutos logré divisar el piño de gente, que avanzaba copando de lado a lado la arteria, era como si una gigantesca ola inundaba todo a su paso. Miles de banderas y pancartas agitaban el aire llenándose el ambiente, de una mixtura de colores impresionante. Al frente, la chica del aro coqueto caminaba serena, pulcra, a su diestra el dirigente de los profesores se pegaba a su lado, como una lapa, tratando de no perderse ninguna foto. A su otro extremo, el infaltable político de pacotilla colgado del carro ajeno, tratando de meter su nariz en cualquier cámara que se acercara. Inmediatamente detrás, varios políticos de la concertación, los infaltables, esos que dicen estar del lado del pueblo. Esos que firman a favor de las concesionarias, de la privatización de las empresas estatales, sí, todos esos. Y más atrás, los estudiantes danzaban en coloridas y coordinadas comparsas, como si todo se tratara de una fiesta, un espectáculo, que le daba el toque mágico y atractivo a la marcha. Por los costados, pero al frente, los reporteros avanzaban de espaldas, esperando el momento justo para inmortalizar alguna escena. Pensé por un momento, que todas esas cámaras captarían el momento histórico de la jornada y, los que estén más cerca, lamentablemente, de seguro que perderán la vida. Pero, pasarán a ser mártires, mientras que yo seré el demente, el

desquiciado que le cambió el destino a este país. Un país con gobernantes incapaces de mantener el orden, incapaces de gobernar, con una clase política podrida, enmarañada en ideologías retrógradas, ciegas y sordas.

Aquí estaba nuevamente yo, Ernesto Molina Lafuente, a un paso de cambiar la historia de mi país.

En el momento preciso, caminé frontalmente hacia la dirigente, que lucía su singular arete que brillaba radiante, como una perla pulida por los años. Cuando estuve a un escaso metro de distancia, la chica, me observó extrañada, y en un movimiento espontáneo, levantó el lienzo que la cubría hasta la cintura.

—Por favor pase —dijo, poniendo una sonrisa que me dejó perplejo, no había duda, que era mucho más hermosa que tras el lente de una cámara.

—Le agradezco que personas mayores como usted apoyen nuestra causa, que comprendan que este movimiento es necesario, para que la clase política aprenda la lección. Somos el futuro de este país, y por eso debemos estar presentes en la toma de decisiones, que claves para nuestro futuro y el de nuestras familias.

Mientras me comentaba esto, caminaba junto a ella, con tal pasividad, que puso en entredicho mi convicción. Era como si camináramos por un parque una tarde de primavera, con todo el tiempo del mundo a nuestra disposición para observar la naturaleza.

Pasaron algunos agradables minutos, cuando el petizo de bigote cerdoso cortó de golpe nuestra



conversación, algo le dijo al oído. En ese preciso momento observé hacia atrás y, comprobé que los políticos incluido el Girardi, se nos pegaron como moscas a la miel, cuando las cámaras de televisión buscaban un primer plano de Camila. En ese momento los maldije, y me hirvió la sangre. Mi mano buscó desesperadamente el interruptor dentro de mi bolsillo. Precisamente cuando me encomendaba por el sacrificio que asumía, el flash de la cámara de Samanta me daba de lleno en el rostro. ¡No puede ser, por la cresta! Dije para mí y, maldije a toda mi parentela. Ella bajó su máquina y jugueteó con la expresión de su boca, delineada de un carmesí que sobresalía de su rostro. Nuevamente me tembló la mano, y la ira que me llevó hasta allí se desvaneció como una niebla pasajera.

Quando la columna llegaba a la altura de la Universidad Católica, comenzaron algunas escaramuzas y carabineros intervino. En ese momento, me escurri sigilosamente y busqué el poniente por la acera de enfrente, caminé con zancadas largas, como si huyera de un fantasma, sí, el fantasma de mi fracaso, maldije. Mi mente se debatía buscando las razones de mi nueva frustración, ¿Samanta?, ¿Camila?, ¿o, ambas?, quién fue esta vez, me preguntada airado. Al doblar por Santa Rosa en busca del Toyota, unas zancadas que aterrizaban suaves sobre las baldosas, se acercaron demasiado.

—¡Ernesto!, ¡Ernesto!, espera por favor. —Era Samanta que tomaba mi hombro deteniendo mi marcha.

—¿¡Por qué me mientes Ernesto!?! ¿¡Quién eres realmente!?! ¿Qué ocultas? —Sus ojos brillaban

fisgonamente, yo, la observé sin que se me ocurriera algo que decir.

—Antes fue Piñera, ahora la Camila Vallejo, ¿quién eres?, ¿para quién trabajas? ¿Trabajas para el estado?... Por favor Ernesto, dime la verdad. —Su vista se había clavado en mí como un filoso puñal, pero mi voz se ahogaba en el intestino sin poder salir, tragando y tragando saliva.

Me apoyé en la pared de una añosa casa con balcones sobresalientes, ella, esperó paciente, estaba seguro que no se iría hasta satisfacer su intriga. La miré a los ojos tratando que aflorara su comprensión, no tenía mayor opción.

—Samanta..., sinceramente no puedo decirte nada sobre mi vida, por favor entiéndeme.

—¿Es por eso que no quieres que entre en tu vida?  
—Sus ojos tomaron una opacidad funesta, como si predijeran mi respuesta.

—Es sencillamente porque no puedes cortar mi destino, mi vida lamentablemente está trazada, como una línea recta con su fin definido, y es imposible cambiar eso..., por favor Samanta, entiéndeme. —Su rostro se tornó impávido y sus ojos no aceptaron mi respuesta.

Reinicié mi marcha, cabizbajo, no estaba en mis planes hacerle daño a aquella chica, pero ¿Qué más podía hacer?, todo estaba fuera de mi alcance, sólo quedaba huir, escapar como un maldito cobarde.

Mientras me alejaba el retrovisor del vehículo me mostró a Samanta, como poco a poco su imagen fue alejándose hasta convertirse en un pequeño punto en el espacio. Estaba casi seguro que algún día no muy lejano, aquella muchacha rosaría la frágil línea de mi destino. Y mientras más me alejara de ella, menor sería el trauma que ella podría sufrir, yo, estaba claro con mis sentimientos y los asumía con toda responsabilidad, y no cruzaría la línea prohibida aunque mi debilidad esencial aullara por ello.

## **CAPITULO XVIII**

**L**legué a mi casa totalmente contrariado, cuestionándome si realmente todo era el resultado de mi cobardía, de mi falta de huevos que en los momentos cruciales afloraba. ¿Qué pasaba realmente? Tal vez con los años había perdido el valor, y era incapaz de reconocer eso que dañaba profundamente mi ego. Yo aún me sentía un militar de tomo y lomo, había estado muchas veces cara a cara con la muerte, había visto su rostro, conocía su malévola sonrisa, es más, aprendí a no temerle.

Preparé algo de comida, freí algunos aderezos y abrí las ventanas de la cocina esperando que Sofía captara aquellos olores, que salían frenéticos surcando los tejados. Necesitaba a mi gata, de cierto modo ella era la única que lograba controlar a los fantasmas que punzaban mi mente. Sus sentidos de algún modo lograban captar eso, y lograba encriptar mis sueños. Quizás se había ido tras su amante, errando por los techos sin rumbo fijo, sin saber que él ya no

existía. Y en su loca búsqueda había perdido el rumbo, vagando como una loca, al igual que aquellos chiflados que deambulaban por los andenes de trenes y puertos esperando a que regresen sus amantes, y se les va el tiempo sin darse cuenta. O, posiblemente, aquella mañana Sofía escucho el último maullido de su amante antes de rodar techo abajo, y me había abandonado a modo de venganza... quizás.

Comí en completo silencio, sólo en la lejanía se escuchaba una canción de Pink floy que no logré recordar su título. Mientras mi mente divagaba tratando de encausar su rumbo, tenía un cinturón cargado de explosivos y un convencimiento de cortar el destino de un país, que no lograba avanzar en paz. Cargaba con dos fracasos de lograr aquello, debía de zanjar eso lo antes posible. Qué podía hacer un militar jubilado viviendo solo, dependiendo de una gata para lograr dormir en paz. Era casi imposible soportar eso, amaba profundamente a mi mujer, había rechazado cualquier otro cuerpo ante su recuerdo. Pero ya no la tenía, y mi orgullo se negaba rotundamente a reconocer aquella verdad. Verdad, que no me atrevía a encarar, verdad que se mantenía escrita en un maldito papel, que esperaba sobre la mesa, y una puerta que no me atrevía a abrir, para encontrarme de golpe con la cruda realidad.

Me recosté durante la tarde, me dispuse a relajar mi mente y darle paso a la imaginación. La novela de Coetzee ciertamente lograba eso, entrar en la vida de David Lurie me hacía viajar a un mundo paralelo, el mundo atormentado de un hombre solitario que debía de cargar las penurias de su hija lesbiana, que había sido violada y se resistía a reclamar justicia. Al final de la tarde terminé la novela, me quedé con un gusto amargo y, de cierto modo, imaginé mi posible

destino. Me dormí con ese terrible sabor surcando mis entrañas, y por momentos, brotaba por mi garganta como un volcán que arrojaba su lava ardiente, tornando mi aliento ácido.

La mañana del lunes, un rayo impertinente de sol se coló por una hendija que dejaba la cortina. Me sorprendió sentado frente al espejo de la cómoda, a decir verdad, no sé en qué momento de la noche llegué hasta ahí. Fue todo tan extraño, que abrí la ventana y pude ver cómo el astro se desencajaba de la cordillera, e iniciaba su vuelo hacia el centro del cielo. El potente haz de luz que había entrado, se amplificó de una manera extravagante en el cristal del espejo, y me dio de lleno en el rostro. Desde ese momento todo pareció ser un verdadero sueño, a decir verdad, no estaba seguro en qué mundo estaba...

Sentí el ruido de vajilla en la cocina, pensé en Sofía que hambrienta hurgueteaba los tachos buscando algún retazo de comida. Abrí la puerta del dormitorio para ver que ocurría, pero mi asombro fue mayúsculo, al ver a Helena que preparaba el desayuno ordenando las tazas sobre la mesa. Sacudí mi cabeza pensando que podría ser parte de un sueño, pero no, no era un sueño, era nada más y nada menos que la realidad. Cuando se percató que la observaba atónico desde el umbral, me dio una sonrisa, luego, me invitó a la mesa con un gesto de su mano. Su rostro había cambiado desde la última vez que la vi, ahora irradiaba una felicidad evidente, parecía que levitaba en el aire, era como si este fuera su primer día de matrimonio. Me senté aún sorprendido por su apariencia y actitud, me quedé observándola en completo silencio. Ella se movía segura de sí misma, altiva, como si se sintiera orgullosa de algo.

—¿Cómo has estado?, ¿cómo va tu nuevo trabajo?  
—Me miró esperando mi respuesta, sus ojos brillaban de un modo especial, como queriendo reconquistarme, como deseando retomar el rol que había perdido.

—Bien, bien..., todo bien, ¿y tú? —contesté mientras bajaba la tasa de café.

—En realidad estoy bastante feliz por ti, he visto como has cambiado, y creo que ahora eres un hombre nuevo, por eso decidí regresar antes de lo previsto. Ya que no estaba muy a gusto con esa nueva vida. También quiero pedirte disculpas, si has sufrido demasiado durante mi ausencia. Sé que eres bastante duro, pero algunas lágrimas habrás derramado. Lo importante es que has demostrado que podías cambiar, y estoy convencida que con tu nueva actitud podremos iniciar una nueva vida. Estoy orgullosa y feliz por eso. —Me observaba sonriente, embelesada, mientras sostenía su tasa frente a su boca, y el vaho cubría su rostro como un velo.

—No entiendo... ¿a qué cambios te refieres?  
—pregunté, un poco desconcertado.

—Vamos Ernesto, no seas modesto, te vi por televisión cuando abrazabas al presidente Piñera y charlabas con él, como si fueran viejos amigos, también salió en todos los canales de televisión cuando marchabas junto a la Camila Vallejo y los estudiantes apoyando su causa. Tus fotos están en la mayoría de los periódicos, si eso no es un cambio, entonces, ¿qué es?, déjame recordarte que reputabas todo aquello, tratabas a Piñera de traidor, odiabas las marchas y las protestas.

Sus dichos aunque todos eran ciertos, me cayeron como un balde de agua fría sobre la cabeza. Fui un estúpido en no haberme dado cuenta de ello, pensé. Me había mantenido ensimismado con esos hechos y no me había percatado de lo que sucedía a mí alrededor. Helena tenía toda la razón de pensar así, influenciada por lo que había visto. Pero desconocía totalmente que yo, lejos de haber cambiado, me había transformado desde aquella discusión, y posterior desaparecimiento, en un ser con la mente torcida, un hombre dispuesto a matar seres inocentes con tal de quedar en la historia. ¿Qué podía hacer ante eso?, debía pensar rápido, si negaba rotundamente aquello que era tan evidente, tendría que confesarle a Helena mis intenciones, y por otro lado, podía quedarme en absoluto silencio, y asumir como verdad las creencias de mi mujer. No podía perderla nuevamente por un estúpido arrebato de mi mente, era una nueva oportunidad para retomar nuestros destinos.

El silencio otorga, así que opte por eso, pensándolo fríamente era la mejor opción, y sólo debía hacer como alguna vez me lo dijo mi capitán, *“debes de olvidar, como se olvida un mal sueño, como se desecha un papel mal escrito en la papelera”*. Helena estaba nuevamente conmigo, renovada, con el brillo de sus ojos mirándome al igual que antaño. Y si ella me pedía que iniciáramos una nueva vida, yo estaba dispuesto a eso. Todavía yo la amaba y la deseaba como antes, y eso nunca estuvo en duda. Tenía sólo dos opciones: Aceptar a Helena nuevamente en una nueva vida libre de resentimientos, o, morir enterrado por mis podridas odiosidades bajo mi propia mierda.

Así que tomé su mano, que no sé por qué motivo estaba demasiado fría, y le entregué a su miraba mí



aceptación. Ella lo aprobó de inmediato, era el primer paso para reiniciar algo que yo me había encargado de interrumpir, con mi maldito carácter y pensamiento fascista. Tal vez era hora de asumir de una vez por todas, que ya no pertenecía al ejército, y dejar aquella doctrina definitivamente en el pasado. Al parecer la vida me había dado una nueva oportunidad, de reencontrarme con Helena, y no podía desperdiciarla. Al apreciar que su mano tomaba algo de calor con el contacto de la mía, una suerte de bálsamo comenzó a recorrer mi cuerpo, era extraño aquel sentir, percibí que me deshollaba al igual que una serpiente renovando su piel. Un hombre diferente resurgía con un nuevo pensamiento, libre de resentimientos y odios, dejando en el olvido todo lo ocurrido en el pasado.

Me levanté y busqué el abrazo de Helena, en ese momento me tragué mi orgullo y todo lo que trancaba mi mente, y me impedía iniciar un nuevo camino. Mientras la aferraba a mi pecho, Helena soltó de improviso.

—¿Y Sofía? —me observó con preocupación.

—Hace un par de días que no sé nada de ella, estamos en agosto y quizás ande por los techos tras de algún enamorado. —Mentí, porque no quise preocuparla, además estaba la posibilidad de que volviera. ¿Por qué no?, si yo sabía que era imposible que Helena volviera, pero a pesar de eso, si había vuelto, entonces, Sofía también podía hacerlo.

## **CAPITULO XIX**

**D**espués de terminar con el desayuno fuimos hasta el dormitorio de mi hijo, ya que la puerta estaba sin seguro y no recuerdo en qué momento la abrí. Nos recostamos y hablamos de todo, los buenos recuerdos del pasado, de nuestro hijo, y de cómo reconstruiríamos las relaciones con él. Qué haríamos en el futuro, los viajes que realizaríamos y algunos detalles banales para lograr todo aquello. Al medio día, Helena se levantó dispuesta a preparar el almuerzo, le dije que saldría un par de horas, que necesitaba realizar un trámite que era necesario para dejar todo lo que era del pasado, en el pasado. Ya que para nuestra nueva vida, todo eso ya no era necesario, terminé diciendo. Ella enseguida comprendió aquello, y asintió en silencio sin hacer ningún movimiento.

Fui hasta el cuarto, eché todo el arsenal bélico que poseía en un saco, junto a eso, puse el cinturón con explosivos y mi pistola Luger, que estaba en el mismo dormitorio tirada en el piso. También eso me pareció extraño, estaba seguro que estaba bajo mi almohada, pero

por más que me esforzaba en recordar, no lo lograba. Todo, absolutamente todo estaba dentro de aquel saco. Salí de la casa y lo puse dentro de la maleta del Toyota, antes de dejar la casa, fui nuevamente hasta el dormitorio y desde el velador tomé la carta que Helena había dejado entre su ropa íntima, cuando me gritó que se marcharía. En ese momento algo retumbó en mi cabeza, pero no le di importancia. La puse dentro del bolsillo de mi camisa. Pensé en deshacerme de ella junto con el saco, ya que no me interesaba lo que allí estaba escrito, de cierto modo, también pertenecía al pasado y había sido el detonante de aquel mal día.

Cerré todas las puertas de la casa con llave, puse en marcha el Toyota, luego, salí en busca de la Autopista Central. Cuando estuve en ella giré hacia el sur, recordé que mi abuelo poseía una parcela en la falda de los cerros al interior de Paine. Él tenía una especie de matadero clandestino en los tiempos de mi general Pinochet, durante el régimen no hubo problemas porque yo intercedía ante cualquier dificultad legal que tuviera mi abuelo. Pero cuando volvió la democracia la cosa cambió y le clausuraron el matadero por insalubre. Era obvio, no existía en aquel lugar un sistema de alcantarillado, o algún vertedero para eliminar los desechos de los animales, chanchos y vacas en su gran mayoría. Así que se habían construido varios pozos de gran profundidad, para verter esos desechos. También había letrinas sépticas adaptadas como servicios higiénicos, para el personal que allí laboraba. Cuando clausuraron la parcela, se le exigió a mi abuelo, que debía de sellar todos los pozos con un brocal de cemento, para evitar que se convirtieran en nido de ratas aumentando la insalubridad del lugar. Pero el viejo no quiso

invertir demasiado y los selló sólo con madera, total, dejaría abandonadas aquellas tierras. Con el olor putrefacto que emanaba, era imposible que alguien pudiera vivir ahí. Por eso pensé en aquel lugar, levantaría algunas tablas y mandarí­a el saco al fondo, le pondría algunas paladas de tierra, y quedaría allí sellado para siempre.

Pensé que era la mejor decisión que había tomado, deshacerme de todo aquello que me ligaba al pasado, y a mi vida militar. Con eso, borraría de un plumazo todos mis resentimientos, que podían de algún modo, alterar mi nueva vida, y yo, no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Entré al pueblo de Paine y viré hacia el oriente, el camino polvoriento y el verdor de los cerros me indicó que ya faltaba poco. La huella que aún quedaba, comenzó a encogerse, y parecía que el auto se equilibraba, las faldas de los cerros llegaban al borde de la senda. Un par de gruesos y añosos árboles daban la entrada a la parcela, unos zorzales cantaban en la lejanía dando la bienvenida. Me adentré unos cincuenta metros y estacioné el auto bajo unos árboles que ofrecían una generosa sombra. La radio del Toyota entregaba a esa hora las noticias del Diario de Cooperativa. Aunque era una emisora de izquierda, su trabajo periodístico era bueno, en el regimiento siempre estábamos pendientes de ella, porque siempre hablaban de más, por eso nos mantenía atentos. Aumenté un poco el volumen para escuchar las noticias mientras buscaba el pozo. No iba a ser tarea fácil, ya que con los años la hierba estaba bastante tupida y llegaba más arriba de mis rodillas.

Me adentré entre el matorral con el saco cargado sobre mis hombros, de pronto sentí que el suelo bajo mis pies se tornó flácido. Cuando quise salir de allí, el quejido

de las tablas me avisó que ya era tarde y fui a dar al fondo del pozo. El peso que cargaba contribuyó a que la caída fuera drástica y traumática. Mi cuerpo se enterró hasta la cintura en una especie de barro pestilente, colmado de vísceras y excremento de cerdos y vacas. Con el paso de los años se habían transformado en una especie de pasta nauseabunda. Un olor indescriptible comenzó a buscar el cielo y el entorno se tornó irrespirable. Me quité el saco de encima, ya que en ese momento contribuía a que me enterrara aún más. La boca del pozo estaba a cuatro metros sobre mí cabeza, y desde el primer momento tuve claro que no sería fácil salir de allí. Algunos tablones quedaron colgando y en cualquier momento podían desprenderse, también debía estar pendiente de eso, ya que si caían sobre mi cabeza o mi cuerpo, era probable que me hirieran de gravedad. Rasqué la tierra de los costados con mis manos, como un cerdo hambriento, pero no pude detener mi cuerpo que seguía lentamente consumiéndose. Por minutos me desesperaba, y pensaba en lo peor, estaba dentro de un oasis de la fatalidad en medio del inmenso desierto de la desgracia, que me enterraba de a poco. Era como si me hubieran inyectado un líquido letal, al igual que un condenado a muerte. Entraba centímetro a centímetro en la mierda, y no podía hacer nada para evitarlo.

Con la velocidad con que me iba enterrando, el sol se alejaba dejándome en plena oscuridad, los grillos acompañaban la música que la radio Cooperativa emitía a la distancia. Mis sentidos y viseras ya se habían ambientado a la pestilencia, el teléfono celular sonaba y sonaba dentro de la cabina del Toyota. Tal vez era mi hijo, que había llegado a la casa, había forzado las chapas y quería explicaciones,

pensé. La mierda me llegaba al cuello, mientras algunas estrellas se dejaban ver por la boca del pozo. Por mi mente pasaban miles de pensamientos, pensé en Helena, que me esperaba en casa tendida en la cama inmóvil, esperando mi regreso. También pensé en mi hijo y del tiempo que perdí, en Sofía, mi gata que velaba mis sueños. También Rubén González pasó por mi mente, vestido de militar luciendo orgulloso su uniforme. Y al final, la inmaculada imagen de Samanta, con su boca roja y su pelo dócil, desordenado, que tomaba mi cabeza con ambas manos y sus lágrimas, mojaban mi rostro.

«*El diario de Cooperativa está llamando, las noticias con Sergio Campos*». La voz del conductor se escuchaba agónica, el teléfono ya no sonaba, la batería seguramente había colapsado. De lo único que estaba seguro, era de la hora, el noticiario de las seis de la mañana llamaba a escuchar las noticias. El sonido moribundo de la radio se esparcía por la llanura sin encontrar oído alguno. Ya que los míos, se habían cubierto con la mierda que comenzaba a ahogarme. Las yemas de mis dedos sangraban de tanto rasgar la tierra, podía sentir el descozor que me desgarraba. En ese preciso momento y no sé por qué motivo, recordé la carta de Helena que guardaba en mi camisa, la saqué con esfuerzo y la leí. Mis ojos se llenaron de lágrimas, tras entender el motivo de aquel papel, me maldije, maldije mi vida, maldije todo aquello que había hecho en esta miserable vida.

Con un esfuerzo sobrehumano, abrí el saco, tomé el cinturón con explosivos y decidí que no podía morir enterrado en la mierda, en ese momento observé las estrellas y fui tras ellas... Aquella claridad que otorgaba el universo,

que parecía un espejo enorme, se tragó de golpe todos los reflejos de mi conciencia.